

# La Ilustración Artística

BIENOTECOA  
MUNICIPAL  
MADRID

AÑO XIII

BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1894

Núm. 652

A pesar de nuestros esfuerzos, nos ha sido imposible repartir con este número el último tomo de la obra NERÓN, porque su autor el Sr. Castelar no ha podido remitirnos oportunamente el último capítulo; sin embargo, creemos poder repartirlo brevemente.

## SUMARIO

**Texto.** - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *El indiano* (cuento novelesco), por M. Ossorio y Bernard. - *La fiesta de la Barranca* (cuadro de costumbres andaluzas), por C. Blanco Villegas. - *Mi máscara*, por J. J. Cadenas. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *¡Vencido!*, novela (continuación). - *La escultura moderna en Inglaterra*, ilustrado con cinco grabados. **Grabados.** - *Al amor de la lumbre*, cuadro de J. J. Aranda. - *El trabajo*, cuadro de A. Beaury-Saurel. - *Una boda en Valencia*, cuadro de J. Peyró. - *Buenas tardes, maestro*, cuadro de N. Alperiz. - *Novela romántica*, cuadro de S. Rusiñol. - *Preliminares del 1.º de Mayo en una fábrica de Vizcaya*, cuadro de V. Cutanda. - *Pintura*, cuadro de J. Borrell. - *San Juan Bautista, niño*, cuadro de B. E. Murillo. - *La herrería*, cuadro de L. Graner. - *La vendimia en la granja Oriol*, cuadro de J. Rabadá.

## CRÓNICA DE ARTE

Un fenómeno me produce la actual exposición del Círculo de Bellas Artes. Busco entre las quinientas obras expuestas (contando las regaladas con destino á la rifa que aquella sociedad instaló, con objeto de allegar recursos para erigir una estatua á Velázquez) una sola pintura ó escultura, á la cual se la pueda calificar de mala, pero mala sin distingos de ningún género, y en honor de la verdad y de la justicia, declaro que no la encuentro; por el contrario, busco algo que admirar, como indicación de una personalidad verdaderamente artística, como vislumbre de

un corazón que sienta y de un cerebro que piense, y tampoco encuentro nada que me obligue á exclamar ¡Eureka! Y ahora, el fenómeno que en mí produce esta mediocridad tan... (califiquenla ustedes como gusten); siendo todo lo expuesto discreto, y aun algo bastante mejor que discreto, no puedo, á pesar mío, alargar mis visitas en la Exposición más allá de quince minutos.

Pero como todo, al cabo y al fin, tiene su explicación, este fenómeno que en mí se produce la tiene también.

Nada ocasiona tanto cansancio al espíritu como la monotonía, siquiera sea ésta la de lo sublime. Figurémonos á un orador pronunciando siempre discursos



AL AMOR DE LA LUMBRE, cuadro de José Jiménez Aranda  
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

esos cuyas hipérbolas, cuyas imágenes sean tan grandes y brillantes como los planetas y cometas que giran en torno del sol; que no busque más comparaciones para exponer sus ideas que las de los astros, las del inmenso Océano, las que le puedan ofrecer la divina figura de Cristo y las de los apocalípticos sueños del desterrado en Pafos, y concluiremos al cabo por perder la noción de lo grande y por sentir la nostalgia de lo pequeño, de lo tangible y de lo real. Figurémonos á todos los amantes tan sublimemente puros y castos como diz que fueron Laura y Petrarca, y díganme ustedes adónde iría el arte en busca de sus más grandes obras. Figurémonos todos los montes del universo mundo de la elevación del Chimborazo, y todos los ríos como el Mississipi, y todos los caminos de hierro y todas las carreteras tirados á cordel, flanqueados por árboles gigantes, y díganme los estéticos si sería posible la emoción de lo bello. Pues bien: figúrense mis lectores una colección numerosa de cuadros y esculturas, especialmente de los primeros, que no son malos ni buenos de color y dibujo, que no expresan nada de particular y que no dejan sin embargo de representar ó de expresar algo; que si acusan en las *maneras* las distintas paletas que los produjeron y los temperamentos que los trazaron, á pesar de esto, todas las *maneras*, todas las paletas y todos los temperamentos tienen un parecido grande; y esta figuración hecha, explíquense por qué no puedo alargar mis visitas en la Exposición más allá de quince minutos. Verdaderamente, es desesperadora esta monotonía. Búscase la emoción estética que pueda producir la reproducción sentida de un pedazo de la naturaleza, y tan sólo se columbra algo, pero que no pasa del sentido de la vista; búscase una escena que conmueva nuestra alma, ora de un modo dramático, bien trayendo la risa á nuestros labios, ya el recuerdo de horas ó de dichas pasadas á nuestro corazón, y apenas si llega á esbozarse todo eso de un modo nebuloso, á percibirse un rumor como lejano eco de música que hemos escuchado.

Por eso, del tiempo que dedico á mis visitas en la Exposición, invierto una buena parte en contemplar los cuadros de Sorolla, especialmente los titulados *Las redes* y *Fruta prohibida*, y los de D. José Jiménez Aranda *Abandonada* y *Los pequeños naturalistas*, y *En el campo de batalla* de Cutanda y tres ó cuatro más de Plá, de Andrade, de Otermin, de Martínez Abades, de Ugarte, los dibujos de Vierge y los hermosísimos paisajes del desdichado Casimiro Sainz.

Sí; delante de aquel *paisaje*, que no de otro modo se titula la obra del infortunado artista santanderino, detiéndose en mi mente, como ante conjuro de mágico maravilloso, todo ese torbellino de ideas que en atropellado desfile pasan y repasan por lo más recóndito del cerebro cien veces al día, y que surgen en medio de la fiebre que nos abrasa el cráneo, y nos atiranta los nervios, y nos atrofia el hígado, y nos lleva á la vejez antes de ser viejos. Allí, ante aquel pequeño cuadro, que no representa más que un trozo de bosque de las montañas de Reinosa, se refresca la frente, los nervios parecen adquirir cierta laxitud voluptuosa, funcionan los pulmones con libertad, y á las ideas de lucha suceden las blandas imágenes que provoca la contemplación de la naturaleza. Y todo esto, merced á una simplicísima interpretación de unos robles y de unas rocas y de un torrente que se despeña entre guijos y espadañas y flores silvestres. La verdad y la belleza juntamente ligadas por un exquisito sentimiento estético, íntimo, puramente subjetivo, casi religioso.

También Ugarte va por ese camino personalísimo: ¡qué placer poderlo decir! Su escena marítima *Limpiando las redes* tiene gran sabor de lo verdadero; aquellas aguas gruesas del puerto son trasunto fiel de la realidad; aquella atmósfera de un gris azulado, como es la neblina cuando la luz de la luna comienza á disputarle su imperio á la luz del sol que ya transpuso el monte lejano, recuerda fuertemente las nieblas de los puertos del Cantábrico. ¡Lástima grande que las figuras, á pesar de no aparecer sino como «siluetas», no estén más sentidas de línea.

Y no va en zaga á Ugarte, en lo de destacar su personalidad artística, el marinista asturiano Martínez Abades. Además de los apuntes que exhibe, algunos muy bellos, la marina que titula *Nordeste* tiene una verdad indiscutible, á pesar de la dureza de las aguas en el primer término. Aquel trozo de costa cantábrica, con sus peñascos y sus olas revueltas con arena y la gran extensión del mar del color azul plomizo que adquiere cuando el Nordeste le agita, causa la misma ilusión que pudiera causarnos la vista del natural. También aquí y después de un rato de atento examen, llega á sentirse algo de lo que se siente contemplando el *paisaje* de Casimiro; y este es el toque; esto es la finalidad de la obra de arte, en mayor ó menor grado, pero eso al fin.

He dicho, no recuerdo ahora dónde, que visitando en una Exposición de Bellas Artes las secciones de pintura y escultura, la primera especialmente, á poco que se medite y á poco que nuestra sensibilidad se despierte, nos ocurre lo que en la vida social, que pasamos en cortos instantes de sensaciones á sensaciones completamente distintas, y experimentamos el embate de emociones encontradas. Y digo esto, porque de las frescas y suaves brisas cantábricas y de las olorosas y húmedas auras de las montañas de Reinosa, pasamos á las abrasadas llanuras de los paisajes bíblicos, allá en Toleda, existentes, y que Simonet reproduce en una tablita que titula *Un voto*. Verdaderamente, aquellos horizontes dilatados, aquella atmósfera caliginosa, aquellos peñascos del primer término semejan trozos de lava por su color, aquella coloración tropical en el cielo, aquella ausencia de vegetación verde, fresca, que venga á templar en algo la nota de este panorama de cenizas que parecen humeantes, pesa sobre el ánimo como sobre los pulmones con la pesadumbre de una losa de plomo. Volvamos, volvamos aprisa á España, dejando allá que se recorten sobre aquellos montes bituminosos las fantásticas figuras de los profetas y de los cruzados: pláceme volver á nuestra patria y á la tierra valenciana en busca de vida, de pasión, de ensueños de juventud, que todo esto tienen los lienzos arriba mencionados de Sorolla.

*Las redes* es un cuadro lleno de luz, de sol, de colores y al propio tiempo de voluptuosidad. Escenario: una pared blanqueada, frente á la pared sinnúmero de flores casi todas rojas y que la luz solar enciende hasta semejarlas al ascua; al fondo la puerta del corralillo abierta de par en par y por la que se mira extensa playa de doradas arenas, y en último término el mar, azul, tranquilo, brillante. La escena: una hermosísima muchacha pescadora, fresca como las aguas del riente Mediterráneo, aparece sentada en el suelo contra la pared, con las piernas extendidas, los mórbitos brazos redondos medio desnudos, la sensual y delicada cabeza medio vuelta hacia la puerta, en cuyo quicio casi se esconde un mozo, marinero también. El padre de la muchacha no observa nada; vuelto de espaldas á la amorosa pareja, se entretiene en arreglar las redes.

Más subido de tono en esto del sentimiento pasional es el otro cuadro del mismo Sorolla y que titula *Fruta prohibida*. Vegetación frondosísima de un jardín; unas muchachas, en segundo término, se entretienen en coger flores; en primero, un cura joven aparece sentado en una carretilla de transportar tierra, mirando con expresión de un mal pensamiento aquellas apariciones tentadoras; el tonsurado tiene cogida con fuerza una manzana verde: tal es el cuadro.

De Sorolla puede decirse que aún vacila entre los distintos rumbos de la plástica; pero sin embargo, frente á la naturaleza, suele olvidar escuelas y maneras, como lo prueba con los citados lienzos y con los que titula *Los cordeleros*, una escena rural muy bella, y *El santero*, ejemplar clásico y típico.

Jiménez Aranda (D. José) se exhibe con dos cuadros tan completamente distintos de asunto como son un idilio y un drama. Hablemos del idilio. *Los pequeños naturalistas* son cuatro niños de ambos sexos — el mayorcito tendrá á mucho tirar cinco años, — que sentados en el suelo de un corral, están mirando atentamente cómo patalea un escarabajillo. Las cabezas de los *sabios* son una preciosidad, como hechura y expresión; pero sobre todos, uno de aquellos, un rubito de dos años poco más ó menos, que aparece de espaldas al espectador, tumbado de bruces en el suelo, es un verdadero encanto. Tengo por seguro que á muchas madres se le pasarán tentaciones grandes de estampar un beso en aquellas piernecillas desnudas, rollizas, blandas como la manteca. El otro cuadro es hondamente dramático. Podrá tildarse el motivo de vulgar, pero lo vulgar es lo eterno, *Abandonada* es el título. Una mujer joven, medio desnuda, cruzadas las manos, la cabeza inclinada, la vista fija en punto inconcreto, rojos y secos los párpados, que ya no contienen lágrimas; cerca de la joven se ve la cuna donde duerme ternísimo infante. Esto es todo.

Pero ¡es tanto! Fijad la atención en aquellas mejillas enrojecidas por llanto que las ha escaldado; mirad con atención aquellos ojos cuyos párpados deben abrasar, si es que no abrasan aún más las brillantes pupilas: mirad la atonía, el estupor en que se halla sumida la infeliz, y decidme si no se realiza en vosotros la emoción estética del drama. Yo bien sé que este mismo asunto fué tratado todavía con mayor fuerza dramática por pintor transpirenaico; este pintor — cuyo nombre no quiere venir á mi memoria — llevó más allá de donde llega con *Abandonada* Jiménez Aranda la emoción terrible de su obra. Joven escuálida, andrajosa, demacrada por miseria horrible que ya hizo presa en los pulmones, convirtiéndoselos

en una esponja, deja en el torno de la Inclusa el fruto de sus entrañas, y que solamente la esterilidad de sus pechos le obliga á abandonar á la caridad oficial. Brillan los ojos de la mártir con fulgores de extravío mental; quizá llegue hasta su oído de tísica el murmurio apagado del Sena. Pero si este cuadro trágico es más hondo por la finalidad, el de Jiménez Aranda es, á pesar de todo, un cuadro lleno de sentimiento. ¡Quién sabe si falta de valor para soportar tanta desgracia, aquella desventurada busca en la muerte también el olvido y el descanso! ¡Quién sabe si revolviéndose airada contra la sociedad, que la mira con un desprecio que Cristo no tuvo nunca para el pecado del amor, acepta el deshonor!.

Cuando en medio de esta monotonía artística y literaria que nos abrumba, se encuentran ideas que sin pertenecer á tal ó cual escuela filosófica, social, religiosa ó política, entran en nuestro corazón y le comueven y arrancan á nuestros ojos una lágrima ó á nuestros labios una carcajada, ó sume á nuestro espíritu en dulce melancolía, sedante inapreciable para las fiebres del alma, ó evoca añoranzas, ó despierta ideas y sentimientos elevados dentro de la moral universal, entonces se aprende á medir el valor que el arte tiene en el mundo de la inteligencia, en el mundo psíquico, en el desenvolvimiento de la cultura en todos sus órdenes. Por eso mismo *En el campo de batalla*, de Cutanda, es por lo que atañe á este particular uno de los cuadros, de los escasísimos cuadros que tienen importancia indiscutible. Representa la cura que el médico de una de esas grandes fábricas de fundición de Vizcaya hace allí mismo, sobre el carbón de piedra, al lado de los grandes hornos en combustión, á un obrero, herido por el tráfago enorme de aquellas masas de mineral incandescentes. Varios compañeros del paciente le sujetan, mientras el doctor liga impasible la herida; otros mineros sin suspender el trabajo contemplan la escena.

Tiene el último cuadro de Cutanda ambiente grande de la realidad; la composición está magistralmente hecha, y sería una obra acabada y perfecta en lo plástico sin ciertos descuidos de dibujo y con un poco más de detenimiento concluida.

\* \*

Y aquí suspendo esta crónica para dar cuenta de la muerte del insigne pintor D. Federico Madrazo, acaecida en la noche del 10 del actual á las once y cuarto.

Como pienso dedicar un artículo al ilustre muerto, hoy solamente me concreto á dar algunos pormenores á guisa de información respecto de la muerte del autor de *Godofredo de Bouillon*.

Hace años comenzó á padecer de la enfermedad vulgarmente conocida por *mal de piedra*. Ultimamente hubo que hacerle varias veces la operación de sondaje, recibiendo con tal medio momentáneos alivios. La enfermedad siguió su curso y los dolores se hacían insoportables para el respetable director del Museo nacional. Se le propuso el último recurso, recurso que significaba jugarse la vida á cara ó cruz, y el maestro aceptó la horrible operación de la *talla*. Telegrafióse á París á su hijo el célebre pintor Raimundo Madrazo, y éste llegó el domingo á tiempo de recoger el último suspiro de su padre.

La noticia de la muerte de D. Federico Madrazo es la noticia de la muerte de una tradición gloriosa del arte pictórico español del siglo actual. Realmente, hoy por las circunstancias que concurren en ciertas épocas de fluctuación, de incertidumbre del arte, no se vislumbra una figura que advierta claramente el nuevo rumbo de las ideas estéticas como lo advirtió el ilustre finado cuando en Francia y en España contendían furiosamente las escuelas romántica y realista. Verdad es que hoy el papel de adivinador es mucho más difícil que cuando solamente discutían las escuelas artísticas, sin ayuda alguna de las ciencias nuevas psico-físicas.

R. Balsa de la Vega

## EL INDIANO

(CUENTO NOVELESCO)

I

El vapor transatlántico *Alfonso XII* había fondeado en el puerto de Santander, y el numeroso pasaje que de la Habana conducía había desembarcado con el ansia natural de quien ha pasado medio mes sin otro espectáculo que el cielo, no siempre diáfano, y el mar, no siempre tranquilo. Muchos de los pasajeros habían sido saludados á bordo por sus parientes y amigos; otros les habían encontrado en el muelle, cambiando con ellos fuertes abrazos. Sólo un pasajero, de algunos cincuenta y cinco años, desembarcó del vapor

con la indiferencia del que sabe que no es esperado. El caluroso recibimiento de sus compañeros de navegación había debido, no obstante, impresionarle, pues parecía tener empeño de salir pronto de aquel punto, y su deseo pudo ser satisfecho algunas horas después, utilizando el primer tren que salía para Madrid. Un nuevo viaje, siquiera fuese sólo de veinte horas.

Nuestro protagonista, tipo del indiano, ó sea del peninsular que durante su estancia en Cuba ha logrado regular fortuna y vuelve á la metrópoli á disfrutarla, llamábase don Juan Esquivias y regresaba á la madre patria después de una ausencia de veinte años. Para entretener el ocio forzado del tren se acercó á una librería y pidió alguna de las novelas del autor más ilustre de la región, ó sea de D. José María de Pereda, dándole el comerciante la titulada *El buey suelto*. D. Juan Esquivias entró, pues, en el coche, y colocándose junto á una de las ventanillas, comenzó distraídamente la lectura de la novela. Seguramente no le sería muy fácil precisar el tiempo que consagró á la misma: baste saber que se tragó el libro de un tirón, y que cuando, llegada la noche, quiso entregarse al sueño, debió sufrir una verdadera pesadilla, recordando la historia del héroe de Pereda, del desgraciado Gedeón, viviendo y muriendo sin afecciones y entregado á manos mercenarias cuando no enemigas.

Porque, en último resultado, ¿qué era él sino una reproducción exacta de aquel personaje novelesco? Durante veinte años la fiebre del oro le había sostenido; pero ¿cuál sería en lo sucesivo su situación? ¿Qué familia le quedaría? ¿Para quién serían, en último resultado, las riquezas que había logrado acumular en el Nuevo Mundo? Todos estos pensamientos de su vida real, mezclándose en su sueño con la fábula novelesca *El buey suelto*, le produjeron verdadero malestar, quitándole la tranquilidad que él hubiera querido prestarle. Cuando la mañana siguiente el tren entró en agujas en la estación de Madrid, D. Juan Esquivias sintió su pecho libre de un gran peso. Ya tocaba al término de su viaje: ya podía descansar y prepararse á la nueva y tranquila existencia con que había soñado siempre.

II

Al saltar en el andén de Madrid se reprodujo con los viajeros una escena análoga á la del muelle de Santander. A casi todos ellos aguardaban los parientes y amigos y se cambiaban los llamamientos más afectuosos y los saludos de mayor cariño. Esquivias, siempre solo, salió de la estación, y tomando un carruaje hizo que le llevaran al hotel de la Paz.

«Una vez instalado, decía en su interior, buscaré

á mi hermano Rufino, á mi primo el pintor Amadeo, á la tía Eduvigis, á aquellos tunantes de Gómez, Santillana é Hinojosa, mis compañeros de hospedaje y de café en la juventud. Reanudaré afecciones y amistades, frecuentaré los teatros y los círculos, haré conocimientos nuevos... La verdad es que, durante los

la casa á un empleado que se llamaba... ¿Cómo ha dicho usted?... ¿D. Rufino Esquivias?

— ¡Ya lo creo!, dijo el portero mayor; el pobrecito tuvo aquí una historia muy trágica. Empezaron por rebajarle tres ó cuatro veces el sueldo, se llenó de deudas y de sabañones, llegando á verse en tales

conflictos, que le hicieron atentar contra su vida.

¿Se suicidó?, preguntó Esquivias curiosamente.

— ¡Oh! De su herida se puso bueno; pero como le habían quitado el destino, tuvo que refugiarse en un asilo, donde murió olvidado de todos.

— Y... ¿hacemuchito de eso?, preguntó el indiano tembloroso.

— Hará unos catorce ó quince años.

— ¡Catorce ó quince años!, repitió para sí Esquivias: una época en que él disfrutaba ya regular fortuna.

— ¡Pobre don Rufino!, siguió diciendo el implacable portero. Hasta á nosotros nos debía dinero... Pero lo que influyó en él más que nada fué el no haber tenido contestación á la carta que escribió á un hermano suyo muy rico, que residía en la isla de Cuba.

El indiano, que al oír que su hermano debía á los porteros había hecho el ademán de sacar la cartera, volvió á dejarla en el bolsillo, escuchando la acusación que incidentalmente se le dirigía. ¿Cómo declarar que era él mismo el hermano desnaturalizado del pobre cesante muerto en un asilo?

«Buscaré á mi primo Amadeo», se dijo, despidiéndose de los porteros y marchando al

Museo de pinturas, en que aquél solía consagrarse á copiar las principales obras de los grandes maestros; pero en el Museo le aguardaba una nueva decepción. Allí supo que su primo, protegido por una pequeña pensión de una de las repúblicas americanas, había reunido hasta unos cien cuadros y se había embarcado para conducirlos á su destino; pero el buque se había ido á pique en el mar Pacífico, salvándose todos los tripulantes, menos Amadeo, que se hallaba en la bodega al cuidado de sus cuadros en el momento de ocurrir la catástrofe.

«Buscaré á la tía Eduvigis y á las primas Casta y Pura.»

Pero su tía había muerto cargada de años y de privaciones, y en cuanto á Casta y á Pura, sólo se sabía de ellas que habían dejado de merecer sus nombres y que sería posible que habitasen en cualquier casa de mala nota, con seudónimos propios de su nueva profesión.

Esquivias entró en un café, y allí tuvo un encuentro afortunado. El dueño del establecimiento era el mismo que veinte años antes le había servido como camarero en otro café, al que concurría con sus amigos.

— ¿Sabe usted algo de aquel compañero mío, lla-



El trabajo, cuadro de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

veinte años de mi ausencia, habré sido olvidado y con razón, como yo me olvidé de todos los míos; pero el dinero todo lo allana, y un indiano es perfectamente acogido en cualquier parte donde se presente.»

Hay que decir, en honor de Esquivias, que el amor fraternal venció en él á todos los otros y que al día siguiente se dirigió á las oficinas de la administración de Hacienda, donde estaba empleado su hermano.

— ¿D. Rufino Esquivias?, preguntó á uno de los porteros.

— No le conocemos.

— Pues él debe estar empleado aquí..., á lo menos lo estaba cuando yo salí de Madrid.

— ¿Y hace mucho de eso?

— Veinte años.

El portero lanzó una carcajada estúpida, y que, sin embargo, equivalía á muchos discursos. Buscar en una oficina española á un empleado de veinte años de antigüedad..., esto es una refinada inocencia. Afortunadamente el subalterno aquel era hombre de ideas y dijo á nuestro héroe:

— Aguarde usted; el portero mayor es antiquísimo en la casa y él le podrá informar. ¡D. Restituto!, ¡D. Restituto!, ¿se acuerda usted haber conocido en

mado Valeriano Gómez, al que costó catorce años el terminar la carrera de Medicina?

— Sí, señor; marchó de médico á Pangasinán en las islas Filipinas.

— ¿Y de Santillana?

— Santillana era seguramente un gran grabador y eso le perdió.

— Perdió acaso la vista...

— Perdió la libertad, que vale más, por cuestión de unos billetes de Banco. Su causa fué muy sonada.. ¡Como que había logrado cambiar cientos de los billetes, por lo bien falsificados que estaban! ¡Dios sabe si aún vivirá por Melilla ó Ceuta!

— ¿Y el bueno de Hinojosa?

— De ese sí que no sé nada: había llegado á deberme más de quinientos cafés y apeló á la estrategia de la fuga para salvar su cuenta.

— ¿Y el notario que jugaba al pase con nosotros?

— Murió.

— ¿Y aquella jamona que sacaba destinos para sus protegidos?

— Murió también.

— ¿Y el cómico que solía agregarse á nuestra mesa y que se hacía servir gratis un dedito de café en un vaso y un dedito de leche en otro, y después juntaba los dos deditos y se obsequiaba sin gastar un cuarto?

— Murió también.

Esquivias no quiso preguntar más ante el temor de evocar nuevos muertos.

Volvió al hotel; empezó á dar vueltas en su imaginación á cuanto acababa de saber; y el remordimiento por la muerte de su hermano, el triste fin de Amadeo y el alegre paradero de sus primas le produjeron una fiebre tan intensa, que durante unos cuantos días tuvo que guardar cama en su cuarto solitario, número 70, donde á veces no entraba ningún dependiente, por mucho que él se colgase de la campanilla.

«Si me pongo bueno, decía en sus momentos de lucidez, no me cogerá otra enfermedad en la fonda.»

### III

Y Esquivias se puso bueno y pudo leer un día entre los anuncios de *La Correspondencia*:

«Se cede un gabinete con alcoba, para un caballero ó cantante del teatro Real, con asistencia ó sin ella. Plaza de Oriente, núm. 40, 3.º Se advierte que no es casa de huéspedes.»

El indiano fué á la casa indicada, y aunque hubiera estado dudoso en instalarse en ella, pronto le hubieran convencido los hermosos ojos de la hija de la dueña de la casa, respetable señora, viuda, según decía, de un comisario ordenador de Marina. Efectivamente, la casa citada no era de huéspedes, pues sólo habitaba en ella la viuda doña Eugenia y su hija Paquita, servidas por una gallega zafia y grosera, que hacía honor á su nombre de Robustiana. Doña Eugenia parecía haber sido de buen ver en sus cortos años y aún conservaba vestigios de lo que había sido; Paquita era una morena muy graciosa y fanática por la ópera italiana, por lo que no faltaba ninguna noche al paraíso del teatro Real, y Robustiana no sabía hacer nada de la casa, ni quería hacerlo: era sucia, grosera y chismosa; pero, según su ama, tenía la buena condición de ser fiel, condición que, por ser única, hubiera hecho fácil su reemplazo en la casa por un perro de aguas.

D. Juan ocupó su gabinete con alcoba, reservándose la facultad de comer fuera de la casa, para no tener que limitarse al «triste cocido,» como doña Eugenia le nombraba. Solamente por las mañanas tomaba chocolate y un vaso de leche en sus habitaciones, refrigerio que le parecía delicioso por servirselo la propia Paquita. D. Juan sentía sobresaltos, nunca hasta entonces conocidos, cada vez que la joven le preguntaba con zalamería si había pasado bien la noche, y llegó á pensar seriamente en proyectos matrimoniales para no ser la segunda edición del infeliz Gedeón, magistralmente pintado por el novelista Pereda. Algo le molestaban las diarias y largas visitas de un mozalbete que parecé formaba en los coros del teatro Real; pero el indiano se prometía que, de llegar á casarse con Paquita, le faltaría tiempo para plantar en el arroyo al importuno. D. Juan había aventurado ya algunas insinuaciones á la madre y á la hija, insinuaciones que habían sido acogidas benévolutamente, cuando su buena suerte le hizo advertir el riesgo que le amenazaba. Hallábase una mañana almorzando en uno de los cafés más céntricos de Madrid, cuando observó que en los asientos que daban respaldo al suyo, conversaban en amor y compañía nada menos que la viuda del comisario ordenador y el corista de la ópera. Aunque hablaban á media voz, hallábanse tan próximos que el indiano, aun sin quererlo, tenía que escuchar toda la conversación.

— Sí, señora doña Eugenia, decía él: tiene usted mil razones; pero ya comprenderá que la pasión amorosa es más fuerte que uno; que uno es débil, y en fin, que la cosa no tiene remedio... Es decir, remedio sí que tiene, y crea usted que uno es honrado y que el matrimonio borra muchas faltas.

— Pero, hombre de Dios, ¿quién le habla de matrimonio? Precisamente he querido que hablásemos aquí, sin que se entere Paquita, porque usted es un hombre de corazón...

— Y que puede usted decirlo muy alto... Por eso adoro á Paquita; por eso no renunciaré á ella por nada en el mundo.

— Bueno; ¿y si hubiese un medio de que, sin renunciar usted al amor de Paquita, fuera ella, mejor dicho, fuéramos todos ricos?

— ¡Oh, señora, eso sería un colmo!.. Eso sería preferible á que me hicieran partiquino de la compañía.

— Pues ese colmo es muy posible, y para lograrlo, le bastaría á usted con una sola cosa: disimular su cariño y dejar que Paquita se case.

— ¿Que se case Paquita?

— Sí, hijo mío: ya sabe usted que tenemos en casa á un indiano poderoso, que se ha enamorado de la chica y que, por su edad, no puede vivir mucho: deje usted que se casen, sin dar escándalos, que ella seguirá queriéndole á usted... Porque aquí de lo que se trata es de que el indiano suelte hasta la última peseta, antes de dejar el pellejo, si no es que mi hija logra fruto de bendición, que la asegure la herencia.

Esquivias escuchaba el diálogo y creía estar soñando, y sin embargo, la duda no era posible. Aquella infernal viuda, había hecho admirablemente todos sus cálculos; no sólo accedía á casarle, sino que se preocupaba de su sucesión; no sólo consentía en ser su suegra, sino que le proporcionaba un auxiliar en su matrimonio. Pero el indiano, que era hombre de grandes energías, adoptó inmediatamente su resolución, y dejando en el café á la viuda, que indudablemente tardaría en salir de él por haber encargado al camarero una ración de riñones y un café con media tostada para el corista, salió á la calle, buscó un mozo de cordel y seguido del mismo entró en la casa de huéspedes.

— Vengo por mis baúles, dijo á Paquita.

— Pues qué, ¿se muda usted de casa?

— Sí, hija mía; no quiero turbar con mi presencia el idilio de usted y el corista.

— ¡Oh, qué infamia!.. ¿Quién ha podido decirle?..

— Nadie: dejo á beneficio de ustedes las cantidades adelantadas y me marcho para siempre de esta casa.

— *Malciume*, dijo la criada, que el señor supone que tiene usted algún belén.

— Tú te callas, avestruz, pues sé perfectamente lo que hago y lo que digo.

— ¡Lo que usted me parece es un *morrall*!, exclamó Robustiana enfurecida.

Y entre los ayes de un accidente nervioso de Paquita y los gritos de Robustiana, que hasta le amenazaba con ir en busca de una pareja de los del orden, Esquivias salió de aquella casa, en la que durante breves días había soñado con la felicidad, y se volvió al hotel de la Paz, pensando filosóficamente que lo malo conocido vale más que lo bueno por conocer.

### IV

El desencanto del indiano había sido terrible y en la noche de insomnio que siguió á la mañana en que conoció su desventura, Esquivias no pudo pegar los ojos. De todas maneras, aquello había sido un aviso providencial para que no se casara con ninguna jovenzuela.

La conciencia intervino al propio tiempo en la situación del viejo, entablándose entre ella y él una especie de diálogo, que pudiera ser traducido en las siguientes frases:

— «Pero, hombre, ¿tan saldadas están tus cuentas con el pasado, que te atreves á meditar en semejantes problemas para el porvenir? Antes de contraer nuevos vínculos, ¿no tienes el deber moral de cumplir y satisfacer deudas antiguas?

— «La verdad es que... no recuerdo...»

— «¿Tanto se te ha borrado de la memoria aquella Nicanora, que estuvo á tu servicio cuando eras soltero, y que tuvo que marcharse á Betanzos al enterarse de que iba á ser madre? ¿No reclaman con justicia los títulos de esposa y de hijo dos seres abandonados por tí?..»

— «Pero ¡si era tan fea Nicanora!

— «¿Por qué la hiciste entonces creer lo contrario?

— «Tendría yo entonces treinta años...»

— «Efectivamente, hace veinticinco que aguardan una reparación una mujer y un hijo...»

Algo más, y sobre todo algo más elocuente y persuasivo debió decir la conciencia, cuando el indiano, impulsado por ella y deseoso tal vez de no ver á doña Eugenia ni á Paquita y sobre todo á Robustiana, tomó al siguiente día el tren de Galicia, dispuesto á encontrar á Nicanora y á su hijo, y á cumplir con ellos, acallando al propio tiempo los clamores de su conciencia.

El Sr. Esquivias llegó á Betanzos, se captó la protección del sacristán de la parroquia y pudo consultar con ayuda del mismo los libros parroquiales. ¡Ay! La apasionada Nicanora había muerto cinco años antes. Pero ¿y su hijo? Los registros sólo daban cuenta del nacimiento de una hija y algunas piadosas comadres completaron la indicación parroquial: dicha hija se había marchado á servir á Madrid; estaba en una gran casa de la plaza de Oriente y ¡se llamaba Robustiana! «¡Haberla tenido tantos días á mi lado y no haberme dicho nada el corazón!..» Verdad es que también había permanecido callado el corazón de ella, pues no se explicaba de otra suerte que hubiera llamado *morrall* al autor de sus días.

Esquivias sacó una copia de la partida de bautismo y regresó á Madrid, meditando en el modo de efectuar el reconocimiento de aquella hija, que no era culpable del abandono en que había vivido. Pero el indiano tenía, como ya indicamos, una providencia especial, pues á los dos ó tres días de su llegada recibió una carta fechada en Betanzos y concebida en los términos siguientes:

«Sr. D. Juan Esquivias.

»Me alegraré que al recibo de estas cuatro letras se halle usted con la más cabal salud que yo para mí deseo. Yo estoy bueno para lo que guste mandar, que lo haré con mucho gusto y buena voluntad. Pues esta se dirige á decirle que me he enterado de que quiere usted hacer pasar á Robustiana por hija suya, y yo necesito saber lo que voy ganando. Nicanora fué mi mujer; me casé con ella en cuanto se vino de Madrid al pueblo, y la mejor prueba de lo que nos quisimos, es que me hizo padre de Robustiana, mucho antes de lo que suele ocurrir generalmente. Pero soy pobre y la chica lo es también; así que, con asegurarme un par de pesetas diarias y un traje de paño cada invierno, no tendré inconveniente en cedérsela á usted, siempre que en esto no tengan que intervenir justicias. Usted resolverá, mandándome á cuenta quince ó veinte duros, porque el gorrinillo se me ha puesto de esa enfermedad que tienen ahora; la última cosecha se ha perdido y las lluvias han hundido parte de mi casa. De usted muy amigo,

*Ezequiel Canouro.*»

El indiano respiró con entera libertad y como si se le hubiera quitado un peso enorme de encima. No, no disputaría á Canouro el amor paternal de Robustiana; no acudiría á recogerla á la casa de la plaza de Oriente, en que lucía su inutilidad, ni volvería á ver á la viuda del comisario ordenador, á su hija la abonada al paraíso del Real, ni al corista de segunda fila por quien aquella suspiraba.

Respecto á su soledad, no era tan grave habiendo hoteles en Madrid para mientras tuviera salud y hermanas de la Caridad para el caso de caer enfermo. Y en lo que se refería á su cuantiosa fortuna, la conciencia le dijo más de una vez que podía consagrarla á dotar doncellas para fomentar los matrimonios; pero el espíritu egoísta triunfó al cabo en él, y en la actualidad lleva muy adelantada una fundación de carácter noyísimo: el establecimiento de un asilo para solterones recalcitrantes.

M. OSSORIO Y BERNARD

### LA FIESTA DE LA BARRANCA

(CUADRO DE COSTUMBRES ANDALUZAS)

Consérvanse en nuestras meridionales tierras las tradicionales usanzas con todos los fervores del culto y con todos los regocijos íntimos de una devoción. Estos pueblos en que un cielo, pródigo de luz, da al espíritu todos los deleites, dibujando, como espejismo ideal, vega y bosque entre los minaretes alzados por el morisco genio que hizo reverberar para nuestro orgullo la Reconquista; estas cordilleras florecientes, henchidas de copiosa savia, que dejan en el crepúsculo visiones fantásticas de un panorama agreste, como una escalinata de verdor que en sus estribaciones muestra la silueta blanquecina de la casa rústica y más arriba deja ver como una ciudadela de nacimiento, tienen todo el relieve que pudo soñar la mente del turista, ávido de descubrir perfiles nuevos en nuestros días estivales y bajo el orto majestuoso de nuestro solsticio de verano.



Una boda en Valencia, cuadro de Juan Peyró (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



Buenas tardes, maestro, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Todos esos contornos estéticos de la naturaleza; esas bellezas de la montaña y de la arboleda; esos vergeles impregnados de la esencia de tilos y azahares; las pintorescas quintas con sus alamedas de eucalipto á que dan aspecto arcaico las estatuas manchadas de herrumbre y los arcos de la casa solariega; toda esa suntuosidad de floresta adquiere un tono más atrayente, aun cuando sirve á la expansiva fiesta clásica, á la remembranza de viejas costumbres, á la consagración de alegrías y fervidos deseos que una generación, riente y bullidora, considera como lenitivo á su amargura y como remedio eficaz para el olvido de sus cuitas.

Entre las poblaciones donde ese relieve andaluz brilla entre chispas de júbilo ó ayes patéticos, pero siempre en medio de la dulce inflexión del sentimiento, que trae ecos de égloga ó notas de plegaria á la garganta de la mujer ardiente de amor, es Málaga una de esas que ríe gorjeando, en las trepidaciones del deleite, llevando desde las crestas de su Guadalupe hasta su mar de balsa el reflejo de sonrisa que le envía su cielo con las galas de su puro azul.

Allí arriba, siguiendo las arenas de su río, se celebra todos los años la fiesta de la Barranca. Costumbre propia, genuina, clásica de esta tierra sin igual, paraje que es invernadero para los dolientes y lucernario para cuantos huyen de un sombrío cosmorama.

En la víspera y el día de San Juan se apresta todo lo mejor y más lucido de los barrios hondos á sacar sus telas de cristianar enseñando *ellas* sus mantones chiné, sus vuelillos y faralares, así como *ellos* sus chambergos flamantes y sus fajas de reluciente seda, requiebrando á las mozas de donaires, muy acicaladas y apuestas en esa familiar desenvoltura de la maja orgullosa por sus caireles. Así como Sevilla tiene su Macarena y su Triana, Málaga tiene su Trinidad y su Perchel, metrópolis del rumbo y guapeza que siempre dejan sus recuerdos en los fastos de la ciudad del Gibralfaro.

Allá á la Barranca, repleta de higueras y arbustos, con la savia lujurante de una vegetación pomposa, va todo ese pueblo que compone tangos y malagueñas, que se ríe de la filoxera que devastó sus viñedos y olvida sus pérdidas cañas de azúcar con las *cañas* aromáticas de Jerez y Manzanilla. Allá va á comer brevas toda la caravana; vedla: las mozas de rompe y rasga, rebosantes de luz en sus pupilas y con sus pañuelos al desgare, tocando sus castañuelas ó rompiendo en voluptuosa risa al jugueteo de sus propias compañeras; las mamás de pueblo, graves y parsimoniosas, con sus vestidos acartonados por el almidón, y luciendo sendos pendientes antediluvianos, ó *prehistóricos* amuletos en su pecho, como recuerdo de un *indiano* antiguo; los mocitos *menosos* (como los llaman por ahí) atildados en exceso, muy cuidados de tufos, con chaquetilla corta y pantalón ceñido, escupiendo siempre por un colmillo; los expedicionarios, que pudiéramos llamar exóticos porque son ya del casco de la población y que no obstante van á la Barranca después de haber ido á la fuente de los Cambrones ó hacia el puente de los Once Ojos ó al paseo de los Molinos; todos, en abigarrado conjunto, llegan como en la necesidad imperiosa de visitar un lugar legendario ó con la misma puntualidad anual de acudir á una fuente milagrosa.

En esas neoenias de la juventud y alborozos crepusculares de la vejez, la Barranca tiene sus encantos y sus goces. El negro y lustroso fruto, arrancado de la higuera, pronto llena los platos de loza que se sirven bajo las glorietas ó entre la enramada que deja escapar el rasgueo de la guitarra al proferir ésta elocuentemente una queja de amor. Las copas del *blanco seco*, cual cilindros de bruñido topacio, van llegando en los convoyes de metal dorado á enjuagar las gargantas y animar aquel enjambre de regocijados peregrinos que van á besar el pie más pequeño de la mejor manola, vibrante de risa comprimida en el festival de su *baile del vientre*.

La hija del Guadalmedina, con su languidez de Odalisca que luego cambia en la presurosa actitud de un revoloteo de brazos para erguirse en el *zapateado* que arranca una ovación delirante; esa mujer, profusa de curvas al arquear su cadera, de luz en sus ojos al retrepase enseñando el nacimiento del busto y llevar su brazo hacia adelante, como persignándose en la rara liturgia de ese baile flamenco que le acompaña un susurro de emoción y un eco elegíaco que termina en el ¡ay! de un pecho ardiente; esa estrella del cielo andaluz que riela con claridad sidérea nuestra frente para enseñarnos que el pueblo obrero tiene también sus leyendas y sus tradiciones, su poesía y su idioma, su culto musical y su idolatría de amor, su vocabulario expresivo de su infinito sentimiento; esa mujer, astro de pasión, se nos presenta siempre en nuestras fiestas andaluzas, como se muestra la descendiente de los chisperos de Madrid, la chula,

en nuestras verbenas de Castilla, inmortalizando su tipo entre el hibridismo de la sociedad de rango.

Desde aquella Barranca, sobre el Guadalmedina, la guitarra se echa á vuelo trayéndonos, como en los aires de una zambra, una sonata de pasiones, ecos del fervido oleaje de un *querer* puesto en pecho de zagala ingrata; las cañas del *Málaga seco*, en esa especie de amor regional, para el deleite llevan chispas de lumbre del corazón á los ojos, enardecidos por las ráfagas de las *bailaoras*; los más viejos *siguen* comiendo brevas sin dar participación al espíritu de los regocijos que procuró el estómago; los *menosos* persisten en su inevitable ¡olé! ¡olé!; se oyen peteneras y tangos mientras caen del seno de las mozas algunas flores blancas y pasan á las solapas algunos simbólicos botones de flor roja; San Juan les recuerda el lavatorio de las fuentes y la zafa de las agujas como horóscopo del porvenir amatorio, y entre dos luces va desfilando con rumor de melodía aquel conjunto multicolor de vanidades satisfechas, desilusiones, esperanzas y amoríos.

CLEMENTE BLANCO VILLEGAS

## MI MÁSCARA

### I

Acabamos de cenar y salimos del café con los cuellos de los gabanes levantados y aspirando el humo de los cigarros. A cuantas mujeres hallábamos al paso piropéabamoslas con la alegría y el valor que da á cinco hombres saber que detrás de cada uno de ellos van cuatro que le defienden.

Eran las tres de la mañana, la hora á propósito para entrar en el baile, cuando se retiran las personas formales después de haber dado un vistazo por el salón y quedan la juventud y el vino dueños absolutos de la fiesta, transformando en bacanal desenfrenada lo que comenzo siendo baile de etiqueta.

Nosotros teníamos palco. Alguien propuso en el camino que sería conveniente llevara cada uno su pareja, porque de lo contrario se corría el riesgo de no hallarla en el teatro; pero desechada la proposición por mayoría de cuatro votos, decidimos penetrar en el salón, confiando en que la buena estrella que nos guiaba nos depararía alguna aventurilla sin consecuencias, pues es cosa sabida que tales emociones constituyen la salsa del amor.

Al entrar nosotros en el palco, el bullicio, la alegría, eran inmensos. Risas, voces, canciones, carcajadas y gritos, formando un murmullo ensordecedor, llegaba á nuestros oídos, y dominándolo todo las notas cadenciosas de un vals que la orquesta preludiaba.

Nada tan hermoso como la contemplación del cuadro que ante nuestros ojos se presentó. En la inmensa sala giraban sin cesar, revueltas en confuso torbellino, innumerables parejas, y el conjunto abigarrado de disfraces, los colores chillones, los antifaces, las blancas pecheras y las figuras que se destacaban sobre el fondo rojo de los cortinones de los palcos, ofrecía un aspecto indescriptible, lleno de vida, de luz, de armonía.

El vals, aquel amoroso vals de Valdenfel, parecía una conversación entre dos amantes enojados. Mostrábase en unas melodías triste, melancólico; las notas se arrastraban largas, interminables, y en ellas adivinábase promesas, juramentos, frases de amor, lamentos desesperados, gritos angustiosos, desgarradores. Aún no había expirado la última nota de la melancólica melodía cuando nuevos acordes se desprendían de los instrumentos, alegres, bulliciosos, atropellando las dulzuras y tristezas anteriores, como la risa cruel que se burla del dolor, como el encogimiento de hombros de la mujer desengañada... ¡Oh, vals, vals de Valdenfel! ¡Quién que á tus acordes haya estrechado un talle y oprimido una mano mirándose en el fondo de unos ojos y sintiendo cosquillar en la frente los blandos rizos de un cabello perfumado, podrá oírte sin que los recuerdos le atormenten! ¡Quién que á tus sonas haya girado lánguidamente, deslizando frases de amor en el oído de la mujer amada, podrá escucharte sin sentir el estremecimiento del placer perdido! Tus notas melodiosas han sido causa de muchos placeres amasados con lágrimas, de infinitas desgracias y de innumerables alegrías.

### II

El vals terminó. Dentro ya del palco, y con los sombreros en la mano lanzamos un *vívaaaa!* estruendoso, alborotador. *Viva... ¿qué? Todo y nada... Viva al placer, á la alegría, á la juventud... Nuestro viva fué contestado con entusiasmo, y el grito lanzado al unísono por aquel millar de personas fué la se-*

ñal que dió principio al escándalo, á la bacanal sardanapalesca.

Cada uno de nosotros fué por distinto lado. El palco era nuestro punto de reunión. Paseé breves instantes, y casi llevado por la gente dí con mi cuerpo en el *foyer*, donde la animación era tan extraordinaria que sólo á veces podíamos entendernos unos y otros.

Volví al salón... Las bromas ligeras y pesadas sucedíanse allí rápidamente; las carcajadas eran continuas, formábanse grupos para escuchar los atrevimientos de las máscaras alborotadoras, y de vez en cuando sorprendíanse, al pasar, palabras sueltas, citas dadas con voz insegura, frases amorosas, reproches...

Yo no bailo... Aborrezco la danza y sólo transijo con ella cuando es un medio para acercarse á la mujer á quien queremos, en cual caso el baile se convierte en conversación disimulada. Me satisface ver bailar porque gozo contemplando á las gentes que se mueven al compás de la música como muñecos de un gran *Guignol*, y siempre que al baile voy me dedico á curiosear y á recomponer *in mente* historias, ya alegres, ya tristes, según las frases que á mis oídos llegan y los acontecimientos que ante mí se desarrollan.

Y no sé cómo fué que aquella noche llamó mi atención de extraordinaria manera una máscara que corría de un lado para otro, mirando á todas partes, y sin que fuera bastante á detener su paso la muralla de gente que interceptaba la salida. ¿Qué buscará? — pensaba yo, — y la seguía con la vista por toda la sala queriendo hallar la clave de aquel enigma y forjando mil quimeras sobre base tan equívoca.

En realidad, la cosa nada tenía de extraño. Aquella máscara podía muy bien estar buscando á su pareja, de la que se hubiera extraviado... Todo lo más — y ya pensando de otro modo — me inclinaría á creer que fuera una mujer celosa que asistía al baile en pos del marido infiel, y en último caso, quién sabe si sería una de tantas que pretendiera ser el blanco de las miradas de la concurrencia significándose de manera original y rara...

Pero no... Al pasar junto á ella me pareció advertir en su respiración fatigosa algo así como sollozos reprimidos, y excitada mi curiosidad quise salir de dudas y procuré enterarme. Cerrándola el paso, púsemelo delante de ella, y seguramente advirtió mi decisión, porque se detuvo y sin articular palabra comencé á temblar convulsivamente. Entonces pude contemplarla á mi sabor, mientras ella, repuesta ya de la primera impresión, sujetábase el antifaz con una mano haciendo esfuerzos inauditos para cubrirse por completo el rostro.

Era alta, esbelta y exhalaba ese perfume que nos da á conocer á las mujeres bonitas. Al través de los huecos del antifaz sus ojos negros brillaban como si estuvieran encendidos por la fiebre, y bajo las cintas del dominó rosa que vestía desprendíanse algunos rizos negros, sedosos, ensortijados. Decididamente aquella mujer no era lo que yo había supuesto... Pedíla mil perdones por mi atrevimiento, é hícela ver que desde el primer momento había comprendido que algún grave asunto la obligaba á permanecer en tal sitio á tales horas, y como en él había de necesitar alguna persona que la defendiese en los peligros que pudiera correr, brindábame á ello gustoso... Con voz balbuciente rechazó mi proposición, dándome gracias. Insistí, se resistió; pero convencida al fin de la sinceridad de mi ofrecimiento, hubo de aceptar, y apoyándose en mi brazo comenzamos á pasear por la sala en tanto que yo la contemplaba silenciosamente.

Quizá empezaba á tener confianza en lo que le había manifestado, porque poco á poco fué haciéndose comunicativa, aunque no veraz, queriendo pasar á mis ojos por una chiqueta loca que hace la calaverada de asistir al baile á espaldas de la familia... ¡Y qué mal sentaban en ella aquellas falsas alegrías! Comprendía yo lo mucho que se esforzaba para aparecer alegre, y se me desgarraba el alma al pensar en la lucha que interiormente debía estar librando...

Ya llevábamos algún tiempo paseando y hablando de cosas indiferentes, cuando de pronto sentí que oprimía mi brazo, y desprendiéndose después, alejose rápidamente sin decirme nada... La seguí con tenacidad, pero en aquel océano de carne humana que procuraba romper á codazos la perdí de vista, y medio loco, frenético, recorrí todas las dependencias del teatro sin que me fuera posible hallar á la máscara del *dominó rosa*. Por un lado la gente que me cerraba el paso impidiéndome andar con la rapidez que yo hubiera querido; por otro los amigos que á cada instante encontraba, y los cuales me detenían para que contemplase la pareja que llevaban del brazo, á la cual me veía en la precisión de dirigir un elogio, un cumplido; mas allá una máscara que pretende em-



Novela romántica, cuadro de Santiago Rusiñol  
(Exposición de Barcelona de 1894)

caballero mientras el baile dure, ¿no es esto?.. ¡Qué tonta he sido!.. ¡Cuán engañada vivía! Y nuevas sombras de tristeza invadían su ánimo, mientras yo la escuchaba con pena, presumiendo el martirio que acababa de sufrir aquel corazón enamorado...

«Sólo le pido á usted una cosa - continuaba. - ¡Que no salgamos del palco! Podría encontrarle otra vez, y ahora... ¡le odio! ¿Convenido? Pues ¡ea!, á bailar... ¿Ve usted, ve usted qué contenta estoy?»

Me trastornaba, me hacía perder el juicio. Hícela mil firmes juramentos, mil sagradas promesas, hablándole de la pasión inmensa que su vista había despertado en mí, y arrastrándome por el suelo la pedí que me dejara contemplar su rostro...

«¡Soy bonita! - díjome incomodada. - ¡Y basta!»

Sólo conseguí que se levantara el vuelillo de encaje del antifaz, y entonces pude contemplar la boca más hermosa que se ha modelado en criatura humana, los dientes más diminutos que es posible soñar, el cutis más terso... Aquel nido de besos me atraía como el abismo atrae, como la luna al mar...

«Hemos convenido en que vamos á divertirnos - volvía á decirme. - Pues bien: á bailar... No creí yo que iba á pasar la noche tan contenta.»

Y yo, en tanto, con monotonía desesperante la hablaba de lo mismo, sin variar el tema: de mi amor, de aquel amor naciente que como pájaro escapado de la jaula volaba sin rumbo. No podía contestar á sus alegres palabras porque apenas ponía atención á ellas, y deslizando en su oído dulces frases oprimía entre mis brazos aquel hermoso cuerpo que se abandonaba sin resistencia á mis cariñosos transportes...

La numerosa orquesta ejecutaba un galop desenfrenado, cancanesco, infernal... Las primeras notas, fuertes, vibrantes, repercutieron en todos los ámbitos del salón con la locura de una pasión avasalladora, llenando el ambiente...

bromarme con la mala sombra que caracteriza á las hijas del pecado; al alzar los ojos á un palco, el saludo ceremonioso á un conocido que con su familia acude á gozar del espectáculo que ofrece un baile á vista de pájaro; aquí el conflicto que originan dos apreciables caballeros á quienes el champagne ha



Preliminares del 1.º de Mayo, cuadro de V. Cutanda (Exposición de Barcelona de 1894)

vuelto camorristas; allí el encontronazo con un individuo al cual doy satisfacciones, y por todas partes encuentros, pisotones y mil contratiempos por el estilo, me detienen, me hacen perder los minutos y después de recorrer todos los rincones del teatro sin hallar resultado satisfactorio en mis pesquisas, sudoroso, jadeante y recordando siempre la agradable silueta del bello dominó rosa, me dirigí al palco maldiciendo una y mil veces de la suerte.

Aquella mujer me había interesado. Sus palabras encaminadas á desvanecer mis sospechas, el afán empleado para demostrarme lo equivocado que estaba al creer que ella fuese al baile á padecer, todas aquellas circunstancias poniendo en tensión mis nervios habían concluído por dejarme de un humor endemoniado.

Resuelto á salir del baile, subí la escalera, y al llegar al pasillo de los palcos me asomé al hallarla, y aun viéndola no podía dar crédito á mis ojos...

Sí; allí estaba, reclinada en uno de los divanes y llorando amargamente, poseída del dolor y la desesperación más grandes...

Era ella... La misma... Mi dominó rosa... Sentí un placer inmenso, inexplicable, como cuando se encuentra un ser querido á quien se considera perdido para siempre... Me consagré á ella; la prodigué los más solícitos cuidados, hícela entrar en el palco; su agitación fué calmándose poco á poco, y por fin, con cuatro tonterías conseguí hacer que la sonrisa apareciera en sus labios; pero... ¡no pude verla el rostro!

Entonces fué más veraz conmigo... Díjome que acababa de sufrir una gran decepción, pero de la cual se había curado, dándola al olvido con la rapidez con que se olvidan las grandes catástrofes que sólo duran el tiempo que emplean en causar el daño y después ni siquiera dejan el más ligero recuerdo...

«Verá usted - me dijo - cómo ahora es otra cosa... Voy á distraerme, voy á gozar de la fiesta. En un baile están de sobra las tristezas... Donde fueres haz lo que vieres, y yo veo que todos se divierten y quiero divertirme... Usted será mi

Después, poco á poco, fueron debilitándose, y los acordes, lentos, largos, interminables, perdíanse en el espacio, llegando á nuestros oídos quedo, muy quedo, como un lejano rumor.

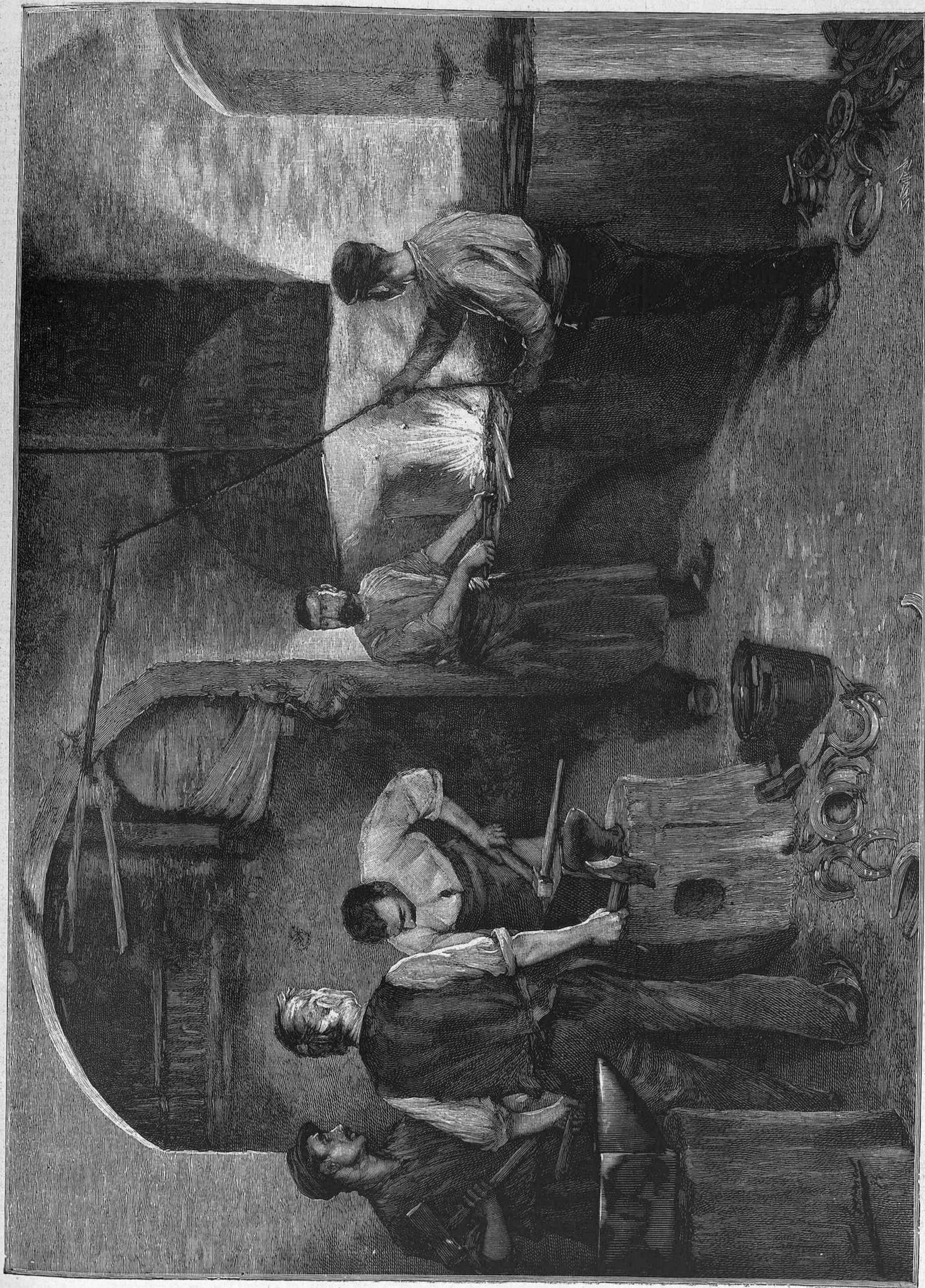
JOSÉ JUAN CADENAS



Pintura, cuadro de Julio Borrell (Exposición de Barcelona de 1894)



SAN JUAN BAUTISTA, NIÑO, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo



LA HERRERÍA, cuadro de Luis Graner (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894 y adquirido para el Museo Municipal de esta ciudad)



**Al amor de la lumbre, cuadro de José Jiménez Aranda** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Cuatro cuadros, verdaderamente notables, ha remitido á nuestra Exposición de Bellas Artes el distinguido y respetable pintor D. José Jiménez Aranda, todos ellos dignos de su buen nombre y merecedores del aplauso de todos aquellos á quienes las glorias artísticas de nuestra patria van unidas al concepto de prosperidad y de grandeza. Aspecto completamente distinto ofrecen entre sí las cuatro producciones del maestro sevillano, cual si por tal medio hubiera tratado de demostrar su valía y á cuánto puede llegar el artista cuya habilidad en ejecutar se halla robustecida por el ingenio. *Al amor de la lumbre* es uno de los cuadros que más justamente llaman la atención, pues aunque de minuciosa ejecución, es tan sólida y amplia su factura, tan sobria y armónica su tonalidad general, que no fatiga ni á los más exigentes modernistas, quienes han de inclinarse ante la magistral ejecución del insigne pintor, que tan admirablemente construye y modela, exento de fatiga, dando valor á todo, desde lo principal á lo accesorio.

Podrán arrear los embates del llamado modernismo; pero las producciones sólidamente ejecutadas y sentidas, cual las de D. José Jiménez Aranda, siempre lograrán el aplauso de los verdaderos amantes del arte.

**El trabajo, cuadro de Amelia Beaury-Saurel** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Es Amelia Beaury-Saurel artista de temperamento excepcional, en cuyas producciones nótase una vigorosa ejecución y un encanto indefinible, y cuyos triunfos igualan al de las exposiciones á que ha concurrido. Basta examinar los siete cuadros que enriquecen la sección extranjera de la Exposición, pues extranjera es tan distinguida artista, por más que vió la luz primera en nuestra ciudad, para comprender su valía y su mérito.

Las obras de la pintura francesa ofrecen particularidades no observadas en las demás producciones de igual índole, ejecutadas por artista del sexo débil, pues aparte de la seguridad y corrección del trazo y de la elegancia de la línea, recomiéndase por su excelente y atinada tonalidad, sorprendiendo su amplia y fácil factura, unas veces delicada y casi siempre vigorosa, cual si fuese obra de varonil y enérgico esfuerzo. Tal puede notarse en el lienzo que reproducimos, cuya única figura, elegantemente trazada, evoca el recuerdo de las creaciones rafaelicas.

**Una boda en Valencia, cuadro de Juan Peyró** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - No es Juan Peyró un artista novel, puesto que así su nombre como también sus obras son muy conocidos por todos los aficionados é inteligentes. Al igual que sus paisanos Agrassot y Benavent, produce cuadros de costumbres valencianas, brillantes por sus derroches de luz y colorido. El que reproducimos representa una boda, ó mejor dicho, el solemne acto de recibir dos jóvenes huertanos la bendición nupcial, y se halla trazado con vigor y valentía, recomendándose por la armónica combinación de los tonos, trajes y pormenores, observándose desde luego la seguridad en la ejecución y la maestría del artista.

Las producciones de Peyró, premiadas en varias exposiciones, llevan impreso el sello característico de la escuela valenciana, pudiendo envanecerse la poética ciudad del Turia contándole en el número de sus preclaros artistas, con mayor motivo cuando dedica á su patria constantes recuerdos, transportando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos valencianos, su purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación.

**Buenas tardes, maestro, cuadro de Nicolás Alperiz** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Los cuadros de este joven artista ofrecen especialísimo atractivo por la riqueza del color y los derroches de luz que, al brillantar sus lienzos, reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos y tipos que ofrece la tierra andaluza cuando la ilumina y esmalta su hermoso sol meridional. Tal acontece con la bella producción que reproducimos, inspirada en una escena sencilla y trivial, pero altamente simpática, que recuerda travesuras de nuestra niñez, bien dispuesta y mejor pintada. La animada y picaresca expresión del rapaz, que con su cabeza rompe el blanco papel que en sustitución del roto cristal de la vidriera colocara cuidadosamente el infeliz remendón, la airada actitud de éste y las graciosas de las dos jóvenes están bien observadas y discretamente pintadas.

Adivínase, en presencia del lienzo á que nos referimos, que el Sr. Alperiz cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde vive, así como sus cualidades y aptitudes, que si no se malogran le reservan para lo porvenir gloria y provecho.

**Novela romántica, cuadro de Santiago Rusiñol** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Gran paso ha dado nuestro amigo el Sr. Rusiñol, bajo el punto del concepto psíquico, por medio del cuadro que reproducimos. En otras ocasiones nos habíamos lamentado que á sus condiciones asimilativas, á su facilidad en reproducir y copiar fielmente la naturaleza, no manifestara su ingenio como artista, abandonando sus propias inclinaciones como pintor para manifestarse como pensador ó como poeta. La Exposición de Bellas Artes de Barcelona nos ha ofrecido ocasión para poder observar, con el cuadro *Novela romántica*, el aspecto que deseábamos notar en las producciones del pintor catalán.

Parco en el desarrollo del asunto, sujeto á su simplicísima gama, ha presentado Rusiñol como pintor discreto y sentido como artista. Pláceme merecer por su última obra, que no litubeamos en tributarle, con mayor motivo cuando el lienzo á que nos referimos ha sido premiado por el Jurado y propuesta su adquisición para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes.

**Preliminares del 1.º de Mayo en una fábrica de Vizcaya, cuadro de Vicente Cutanda** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Otra nota modernista es á todas luces el cuadro del reputado artista Sr. Cu-

tanda; pero modernista española, desprovista de esas injustificadas cuanto antipáticas tonalidades grisáceas, que no se observan ni ofrece nuestro país, que ocultan errores y defectos. El cuadro á que nos referimos lo es por el asunto, puesto que reproduce una escena social contemporánea, habiendo servido al artista para representarla un rincón de tierra española y tipos también de nuestro país. Sobrio y sin recursos de efectismos, resulta una producción altamente recomendable, que atestigua una vez más las cualidades artísticas de nuestro amigo, su carácter observador y su claro ingenio. Cutanda ha comprendido perfectamente la extensión de los ideales que informan los modernos conceptos artísticos, y dentro de los términos de lo justo y razonable, produce obras que cual la que reproducimos, cabe considerarlas como modernistas españolas, pues española es su gama.

**Pintura, cuadro de José Borrell** (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894). - No en balde ostenta el joven pintor D. Julio Borrell un nombre respetado para cuantos cultivan el arte en nuestra región, ya que su padre y maestro D. Pedro cuenta en el número de los que han sido sus discípulos á artistas de tan indiscutible mérito como Román Ribera.

Un solo lienzo ha aportado á nuestra Exposición el joven Borrell, pero este simple estudio basta para conocer sus buenas disposiciones y las cualidades que posee. El cuadro debe considerarse como un conjunto de estudios, hábil y cuidadosamente ejecutados, dispuestos con acierto y con el mejor gusto. Sorprende desde luego la calidad de los objetos copiados, y si atinadas son las tonalidades de la estofas y sedas, no son menos justas las de los metales y la transparencia del cristal.

Julio Borrell puede llegar á ser un artista de mérito, si continúa por tal senda, en la que deseamos persista, pues estamos convencidos que á la postre ha de merecer aplausos y podrá ver recompensados sus esfuerzos y sus afanes.

**San Juan Bautista, niño, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.** - Universalmente reconocida es la fama del insigne maestro sevillano é igual el interés y la estima en que se tienen y despiertan sus incomparables obras, que constituyen las joyas más preciadas en todos los museos de Europa. De cuarenta y seis cuadros consta la colección de las obras de Murillo que atesora nuestro incomparable Museo del Prado de Madrid, entre las que figura la que reproducimos, representando á San Juan Bautista, niño, que corresponde á la mejor época del eximio artista, quien pintó al evangelista «sentado á la sombra de un peñasco, mirando fijamente al cielo, con una manita en el pecho, mientras la otra descansa sobre su cordeiro, empujando la cruz con el listón del *Agnus Dei*.»

Este magnífico lienzo, antes de pertenecer al Museo donde se halla hoy instalado, formó parte de la colección que poseyó Carlos III en el llamado Palacio Nuevo.

**La herrería, cuadro de Luis Graner** (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - En esta época en que la vacilación es la nota que informa la mayor parte de las producciones pictóricas, grato ha de ser para cuantos se interesen por el progreso y el renacimiento artístico de nuestra patria poder fijar reposadamente la vista en obras que, cual la *Herrería* de Luis Graner, distínguense tan notoriamente por el concepto que informan y por su procedimiento. Naturalista por el asunto, fiel y felizmente reproducido; español por su atinada gama, armónico por su tonalidad y altamente modernista, pero dentro de los términos de lo justo y razonable, es el cuadro del joven artista catalán. En vano es que el desapiadado escarpelo de la crítica trate de descubrir defectos y errores, puesto que el conjunto se impone á los defectos que pudieran resultar del análisis, que por otra parte no podrían resistir las obras consideradas como magistrales. El cuadro, la escena, revela admirablemente el natural, y no de otra manera, es decir, sin profundo estudio, es posible obtener los luminosos efectos de la luz de la fragua, ni el reflejo de las rojizas ascuas, en los músculos, en las ropas, en los útiles del trabajo y en el fondo.

Así ha debido comprenderlo el Jurado al premiar la obra, acordándole la recompensa ofrecida por la reina regente y proponiendo su adquisición al ayuntamiento para que figure en el Museo de Bellas Artes.

**La vendimia, cuadro de Juan Rabadá.** - El cuadro de *La Vendimia* es obra de uno de nuestros compatriotas que desde hace algunos años reside en la República Argentina. Juan Rabadá pertenece á la generación que contribuyó veinticinco años hace al renacimiento de las Bellas Artes en nuestra ciudad.

Dedicado principalmente al dibujo industrial en algunas de las grandes fábricas de estampados de Sans, cultivó sin embargo y con buen éxito el estudio del paisaje, produciendo obras que figuraron en las pasadas Exposiciones nacionales. El cuadro que hoy publicamos demuestra que Rabadá, como siempre, sigue estudiando como en sus juveniles años y que va adelante en su arte al reproducir la animada escena de la vendimia en la granja Oriol, de Entre Ríos, una de las más importantes explotaciones vitícolas de aquel país, cuyos productos alcanzan en cada cosecha á muchos miles de duros, lo que hace augurar una próxima concurrencia á nuestra exportación á la Argentina.



**Bellas Artes.** - BERLÍN. - Para la ornamentación interior de la Casa Consistorial se han encargado nuevos trabajos por valor de 92.500 pesetas. En los arcos de los siete ventanales del vestíbulo que precede al salón de concejales se pintarán algunos paisajes con alegorías y en el nicho del corredor se colocará una figura de mármol que representará el río Spree y para cuya ejecución se ha abierto un concurso.

ROMA. - En el Vaticano han comenzado los trabajos para restablecer en su primitivo estado la llamada sala Borgia, que fue en su origen pintada por Pinturicchio, nuevamente decorada por Perin del Vaga en tiempo de León X y desfigurada durante el pontificado de Pío IX por una desdichada restauración.

- El tribunal de apelación ha revocado la sentencia que condenó al príncipe Sciarra á pagar una multa de un millón y medio de francos por la desaparición de algunos cuadros de su famosa galería. Es de esperar que ahora se sabrá por fin en dónde se encuentran aquellas obras maestras, cuyo paradero se ignoraba desde que se promovió la ruidosa cuestión.

VENECIA. - En abril de 1895 se inaugurará la serie de exposiciones que luego se celebrarán periódicamente cada dos años. Para ellas serán especialmente invitados los más famosos artistas de todo el mundo y las obras que éstos envíen no se someterán al examen del jurado de admisión. Se han instituido varios premios que se otorgarán á las mejores obras, sea cual fuere la nacionalidad de sus autores, y de los cuales el primero, de 10.000 francos, ha sido concedido por el Ayuntamiento, y el segundo, de 5.000, por el Consejo de administración de la Caja de Ahorros. La Exposición ha sido puesta bajo el protectorado de los siguientes artistas: van der Stappen (Bélgica), Kroyer (Dinamarca), Liebermann, Schonleber, Uhde y Werner (Alemania), Alma Tadema, Burne Jones, Leighton y Millais (Inglaterra), Carlos Durán, Dubois, Henner, Moreau, Puvion de Chavannes (Francia), Haas, Israels, Mesdag, van Haanen (Holanda), Munkacsy y Passini (Austria Hungría), Bernstam (Rusia), J. Benlliure, J. Jiménez Aranda, Sorolla y Villegas (España), Pettersen y Zorn (Suecia y Noruega), Boldini, Carcano, Dall'Acqua, Maccari, Michetti, Monteverde, Morelli y Pasini (Italia).

LEMBERG. - Se ha inaugurado la exposición retrospectiva del arte polaco, que abarca el periodo de 1746 á 1886 y que contiene todo cuanto procedente de colecciones particulares ó públicas puede dar idea de lo que han hecho los artistas de Polonia en el espacio de casi siglo y medio. Llamen en ella principalmente la atención las obras de Grottger y Matejko, que señalan el apogeo del arte polaco. Las obras de Matejko, casi completas, están expuestas en un pabellón especial anejo al palacio de la exposición.

VIENA. - En el Museo de Industrias artísticas se está celebrando una exposición de antigüedades egipcias, en la que llama especialmente la atención una serie de bustos en yeso policromos de los tiempos de los Ptolomeos y de los romanos, que se colocaban algunas veces junto á las momias en vez de las pinturas generalmente ejecutadas sobre éstas.

COPENHAGUE. - El Museo nacional de Copenhague guarda una importantísima colección de instrumentos de viento del periodo protohistórico, cuyo estudio es á todas luces interesante para la historia de la música. Afectan la forma de á modo de cuernos de caza, son de bronce y de una caprichosa estructura. Proceden de diversas regiones de Dinamarca, y á pesar de su antigüedad, pues fueron construidos hace dos mil quinientos años, conservan íntegra su forma primitiva y pueden todavía desempeñar el mismo oficio á que obedeció su construcción.

M. Hammerich, que ha estudiado dichos instrumentos desde este último punto de vista, ha observado con verdadera sorpresa que pueden competir por sus sonidos naturales armónicos con la mayor parte de los instrumentos modernos. Su extensión musical abraza una serie de veintidós tonos, ó sean cuatro octavas y media, que corresponden á la clase de los sonidos naturales armónicos, producidos únicamente por la aplicación de los labios del músico á la boquilla del instrumento. El timbre de las notas que se producen asemejase al de las del trombón y sus notas bajas son severas y majestuosas.

Hay que observar que esta clase de instrumentos han sido hallados á pares, cuya circunstancia da lugar á suponer y admitir la hipótesis, sostenida por el célebre Fétis, que á los escandinavos debe la civilización el arte de la armonía.

El análisis del metal de que están construidos los instrumentos ha dado el siguiente resultado: 88'90 de cobre, 10'61 de estaño y 0'49 de hierro, ó sea la composición tipo del metal de la edad de bronce.

**Teatros.** - En Stuttgart se ha representado la ópera religiosa de Rubinstein, *Cristo*, bajo la dirección de su autor y con brillante éxito. La obra contiene una porción de piezas interesantísimas por su conmovedora belleza, con las que contrastan otras concebidas y escritas dentro de las teorías del moderno realismo.

- En el teatro pompeyano de la Exposición de Milán se han celebrado bajo la dirección del maestro Vanzo algunos grandes conciertos wagnerianos, que han sido un verdadero triunfo para la música que hace poco se llamaba todavía del porvenir. En ellos se ejecutaron, entre otras piezas, la sinfonía de *Tanhauser*, el coro de los mensajeros de paz de *Rienzi*, el preludio de *Lohegrin*, el preludio de *Los maestros cantores de Nuremberga*, una escena de *Parsifal*, la cabalgata de *Las Walkirias*, la marcha fúnebre de *Sigfrido* y el holocausto de Brunhilda con que termina *El crepúsculo de los dioses*.

París. - En el Theatre des Lettres hase puesto en escena la obra de François Coppée titulada *los Deux Bruleurs*, que si bien forma parte del repertorio antiguo, conmueve é interesa, habiendo logrado acabado desempeño, singularmente por Mad. Daubire, que tiene á su cargo el difícil papel de la protagonista de la obra.

Ha cabido también ruidoso éxito á las siguientes obras: *Les cacheurs*, de M. Franchetti, cuyo argumento envuelve un problema psicológico, y *Un bon garçon*, original de M. Amic, producción melodramática, de asunto un tanto difícil y escabroso, pero escrita con sobriedad y galanura.

Con motivo del aniversario del nacimiento de Corneille y siguiendo la costumbre de todos los años, se han estrenado dos apropósitos en verso, en el Odeon *La fin de un rêve*, de Jorge Bertal, y en la Comedia *Les deux Cid*, de Santiago de Nittis.

Londres. - En el teatro de Covent Garden se ha estrenado con buen éxito la ópera de Massenet, *Werther*.

**Necrología.** - Han fallecido: Manuel Faisst, músico y compositor alemán, fundador de la Asociación para la Música clásica religiosa, del Conservatorio de Stuttgart y de otras sociedades musicales. Carlos T. Liebe, notable naturalista alemán. Emilio Terchendorf, notable pintor de historia alemán. Wassili Wassiljero, pintor ruso, miembro de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo y uno de los mejores conocedores de la pintura bizantina.



Marcos, tenga usted confianza; yo seré la esposa amante en quien usted sueña

## ¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

«Si yo pudiese amar á usted más, querida Susana, decía; si mi corazón, lleno de usted, fuese susceptible de contener sentimientos más apasionados, su idea generosa hubiera completado esta obra; pero desde hace largo tiempo, nada puede hacer que la ame á usted más ardientemente. Todos mis pensamientos, todos los latidos de mi corazón son para usted. He venido aquí tan sólo para ver si la presencia de nue-

vos objetos puede ayudarme á calmar una angustia que mi energía quisiera dominar; pero siempre veo á usted en las bellezas naturales que pasan por delante de mis ojos, y no veo éstas sino veladas por la imagen de aquella á quien tanto amo. Esta imagen puebla los caminos de un mundo de impresiones y de sentimientos cuyo centro es usted, y que después de conducirme á un sueño inefable me vuelven á

dejar sumido en el dolor. Amo á usted demasiado, Susana, para soportar la idea de que debo su mano á la piedad, y comprendo que al ofrecerme su mano de esposa cedo á un impulso generoso, á esa necesidad de abnegación que es el alma de una mujer como usted. Por otra parte, ¡pobre niña!, usted sufre y busca un camino menos árido. ¿Por qué no había de poder yo, adorada Susana, proporcionar á usted

la dicha? Hay seres condenados al más amargo aislamiento, y aquel que la ama como jamás será usted amada por nadie figura en el número de esos desheredados. — *Preymont.*»

Susana lloró al leer esta carta, á la cual contestó apresuradamente lo que sigue:

«Vuelva usted; es preciso que yo le vea. No sé, Marcos, si comprendemos la palabra *amar* de igual manera; pero si le bastan la estimación, la confianza y un tierno afecto, seré de usted.»

Este billete llegó á manos de Preymont en el momento en que, arrepentido de su primera decisión y cediendo, no á las razones, sino á su amor apasionado, pensaba con desesperación en la carta que había escrito. Al leer las pocas palabras de Susana, vió que el alma de la vida, que hasta entonces se le había rehusado, entraba ahora en su existencia para transformarle; y poniéndose apresuradamente en camino, llegó una noche á su casa sin anunciarse.

En medio de los sentimientos que le trastornaban, parecían que los objetos tan familiares á su mirada no eran ya los mismos, ó por lo menos que habían tomado un aspecto adorado en otro tiempo, cuando le acariciaban la esperanza y la ilusión. Imaginábase que, volviendo otra vez al umbral de la existencia, oía de nuevo la voz delirante de esperanzas dulces y entusiastas. Habíase creído viejo por el pesar, por el pensamiento; y he aquí que ahora, lleno el corazón de una emoción juvenil en aquella tarde, cuyas fases de silencio y de ruido había amado siempre, percibía otra vez todos los ecos de la mañana de la vida. Los falenos temblaban como en otro tiempo en las cañas; rodeábale por todas partes la misma luz transparente; por doquiera reinaba un silencio profundo en medio de la savia universal, y desde el fondo de sí mismo la juventud surgía fresca como una flor y su labio puro murmuraba ritmos olvidados.

Cuando entró en la habitación de su madre, ésta quedó asombrada al observar su expresión, mezcla de inquietud y de una dicha que no osaba creer aun en su propia existencia.

— ¡Cómo deseaba tu regreso!, exclamó la señora de Preymont. Supongo que habrás cambiado de parecer. ¿No es así? ¡Al fin voy á verte feliz!

— No vayamos tan de prisa, dijo Marcos vacilando aún. ¿Está usted segura de que no nos engañamos?

— ¿Por qué habíamos de engañarnos?, contestó la señora de Preymont con ternura. ¿Cómo quieres que una mujer, y sobre todo una mujer de su carácter, sea insensible á un amor como el tuyo? ¿Cómo no había de amarte?

— ¡Ah, si fuera así!., murmuró Marcos, oprimido por sentimientos cuya violencia le sofocaba.

— Tú dudas y vacilas aún, repuso la madre con una sonrisa en que su hijo vió la confirmación de sus esperanzas; pero... ya la verás mañana, porque ella te espera impaciente.

## IX

A la mañana siguiente, Marcos se dirigió por un angosto sendero al fresco y perfumado sitio, cubierto de sombra, donde Susana había presentado su amor por primera vez. Era la hora en que la joven visitaba con frecuencia aquella soledad; y la vió de pie, con los brazos extendidos y las manos cruzadas en actitud meditabunda; su sombrilla abierta había rodado por la hierba; tenía su sombrero sobre el banco, y un rayo de sol reflejábale en su cabello.

Preymont, que avanzaba rápidamente, se detuvo de pronto, sobrecogido de una vacilación que le turbaba. Complaciase en contemplar al encanto exquisito de la hermosura, y presa de aquella desconfianza de sí mismo que la terrible pesadilla de su existencia había depositado como un gusano roedor en todos sus pensamientos, hallábase del todo paralizado.

Mas como Susana volviere la cabeza, le vió; su rostro encantador iluminóse de pronto, y una sonrisa desvaneció las vacilaciones de Preymont. Acercóse á la señorita Jeuffroy, tomó la mano que le ofrecía, quiso hablar y no pudo pronunciar una palabra.

Pero las frases más apasionadas no hubieran impresionado á Susana tanto como el aspecto de aquel hombre enérgico, siempre dueño de sí mismo, que algunas veces, en las crisis obreras, había salvado una situación peligrosa por su palabra elocuente y viril, pero que en aquel momento, poseído de una emoción demasiado fuerte para que pudiese vencerla, permanecía inmóvil y sin voz bajo la mirada de la joven.

— Y bien, Marcos, exclamó Susana con cierta emoción. ¿Es eso todo cuanto usted tiene que decirme?

— ¡Susana!.. ¿Será verdad?..

— ¿Duda usted aún de mí, contestó la joven á media voz, y no cree acaso en la abnegación y en el afecto de que quiero darle pruebas? Marcos, tenga

usted confianza; yo seré la esposa amante en quien usted sueña. ¿Me cree usted?

— ¡Sí... lo creo!, contestó Preymont atrayendo á la joven al banco y sentándose junto á ella.

Libre ya de las trabas que le paralizaban, besó con una especie de violencia la mano de Susana, y de repente declaróle con fogosa elocuencia su fiel y ardiente amor; habló de sus dudas, de sus celos y de sus angustias; y acaso por primera vez en su vida, despojóse de su orgullo y depositóle con todas sus altanerías á los pies de aquella á quien amaba.

— Para comprender bien mi embriaguez, dijo, sepa usted lo que mi vida era.

Susana escuchaba, extrañándose vagamente de mostrarse casi fría á los acentos viriles y apasionados de un amor que hacía seis semanas su imaginación rodeaba de un prestigio ideal.

Los besos de Marcos la desagradaban; retiró su mano, y después buscó inútilmente palabras para decir lo que hubiera querido expresar antes de verle.

Pero cuando en términos breves y enérgicos Preymont habló de los dolores de un aislamiento sin esperanza, Susana se conmovió, y recobrando los sentimientos que hacía algún tiempo eran su vida y su móvil, exclamó con viveza:

— ¡Ya no sufrirá usted más, querido Marcos, yo se lo juro! No piense en el pasado, sino en el porvenir. ¡Si usted supiera qué dicha es para mí proporcionarle la felicidad!

Marcos miró á la joven atentamente con inquietud, y repuso:

— No basta eso, Susana... Es preciso que también usted sea feliz..., mas no por la dicha que le resulte de consolarme.

— Eso, contestó Susana sonriendo, dependerá de mi esposo.

Preymont, con el corazón dilatado por las emociones, miraba el agua rutilante, los grandes álamos amarillentos ya, de los cuales caían algunas hojas al más leve soplo de la brisa; y pensando en aquella mañana de primavera en que, obligado á hablar por otro, había estado á punto de descubrirse, preguntó á su prima:

— ¿Quién ha revelado á usted mi secreto, Susana?

— Usted mismo, más de una vez... en este sitio.

Su emoción al decirme lo que entendía por amor, fué para mí el primer aviso, y la buena Frasquita acabó de abrirme los ojos.

Así diciendo, Susana se levantó, y aceptando el brazo de Marcos, los dos se dirigieron al castillo, deteniéndose con frecuencia para cruzar una palabra al parecer trivial, pero que se hacía expresiva por una secreta emoción. Engañada respecto á sí misma por la alegría que experimentaba al ver á Marcos tan feliz, hablábale con una ternura que acaba de vencer al hombre locamente enamorado, cuyo único deseo era cegarse.

Cuando Constanza los vió llegar, no le fué posible dirigir ni una sola palabra bondadosa á Preymont, y al verlos alejarse, mostróle con el dedo á Frasquita, diciéndole:

— ¿Te parece á ti que esa es una buena pareja? No puedo librarme de tu persona porque no quieres marcharte; pero jamás te perdonaré.

— Y sin embargo, no soy yo quien ha creado el amor, señora, repuso Frasquita tranquilamente. El Señor es quien ha querido que las cosas sucedan así, lo mismo para sus criaturas un poco deterioradas que para las demás. Si usted cree que la señorita Susana mira tan sólo á su primo como... ¡Cáspita, ya está bien acostumbrada á él!

— ¡Eres una estúpida!, contestó la solterona, poniéndose el sombrero y atando las cintas con mano febril. Jamás he llevado cirio á la iglesia; pero allí voy ahora mismo, y mandaré encender uno todos los días para que ese matrimonio no se verifique.

— ¡Y yo, en el lugar del Señor, no le escucharía á usted, señora, contestó Frasquita con aire indignado, ya que tan poco se ocupa de él!.. Mejor sería que pidiera usted la conversión del Sr. Preymont, pues debe interesarse por su alma, puesto que ha de ser su sobrino.

— ¡Su alma... me río yo de ella!, contestó la solterona encogiéndose de hombros.

El Sr. Jeuffroy había meditado sobre la manera de recibir al nuevo novio de su hija. Preymont le imponía respeto, y una vez solo con él, apeló á una exagerada familiaridad á fin de sobreponerse á una confusión que le parecía muy humillante para un suegro.

— ¡Diablo! Amigo mío, díjole, dándole un golpecito en el hombro, no es usted tan desgraciado, porque mi hija no es una advenediza.

— Creo haberlo reconocido antes que usted, repuso Preymont con una mirada y un tono, que obligando al Sr. Jeuffroy á mantenerse en su esfera, alejaban todas sus veleidades de familiaridad.

— ¡Hum!., murmuró. Me alegro mucho, muchísimo de lo que sucede, repuso. Sin duda es un honor para mí..., pero ya sabe usted que somos parientes.

— Ya lo sé, contestó Preymont con indiferencia, y yo le felicito por ello.

Los ojillos del Sr. Jeuffroy guiñaron varias veces, y estuvo á punto de incomodarse; pero sabía que no era fácil vencer á Preymont en una discusión, y además deseaba aprovecharse de aquella situación excepcional para disminuir el dote de su hija, obteniendo más tarde una donación por contrato.

— Ya sabe usted, dijo bruscamente, que Susana no tiene más que cincuenta mil francos de dote; los tiempos están malos y las rentas disminuyen diariamente.

— Poco importa eso, contestó Preymont desdeñosamente. Usted redactará el contrato á su antojo.

— ¡Eso sí que es hablar bien!, exclamó el Sr. Jeuffroy. En efecto, ¿qué significa eso para usted? ¿El contrato? Ni siquiera había pensado en tal cosa, pues ya comprenderá..., pero ya que usted es el primero en hablar, le diré, amigo Preymont, que será mejor para usted interesarse en el asunto. Es preciso preverlo todo, ¿no es verdad? Supóngase ahora que Susana quedase viuda y sin hijos... Seguramente no podría vivir con la renta de su dote, y me vería obligado á tenerla en casa, si usted no hubiese adoptado sus precauciones.

— Tranquilícese usted, contestó Preymont con aquel tono seco y altivo que exasperaba al Sr. Jeuffroy; yo sabré evitar para esa pobre niña la catástrofe de volver aquí.

En la misma noche de aquel día, Susana escribió á su confidente habitual una carta en que se desbordaban sus exaltados sentimientos. La singular impresión de la mañana se había desvanecido, y una vez sola ante su entusiasta abnegación, únicamente veía en ésta aquello que seducía su generosidad.

«Esta mañana, señora, nos hemos desposado, y de nosotros dos, tal vez yo era la más dichosa. ¡Es tan bueno proporcionar así la felicidad! No se inquiete usted en lo más mínimo. ¡Si supiera qué lleno de alegría tengo el corazón al ver que con una palabra he librado á un hombre que tanto vale de la desgracia que sobre él pesaba! No tema usted nada; soy feliz, muy feliz, créalo; y así como su vida se ha transformado, la mía se dilatará en su ternura y la que quiero proporcionarle.»

En efecto, Preymont se libraba del peso agobiador que le había oprimido toda la vida. La paz, una paz que jamás conociera, reemplazaba á la sorda irritación que le había corroído tan largo tiempo, y en la embriaguez presente olvidaba las amarguras del pasado. La alegría del corazón, ese bálsamo de la vida, redoblaba su actividad, su vigor, y todas las nobles facultades de una naturaleza comprimida que se desarrollaba de pronto bajo una brillante luz.

La fuerza y la lucidez de su inteligencia parecían aumentarse también, y esta fase de su vida, discutiendo sobre cuestiones especulativas ó prácticas, admiró por sus juicios exactos, originales y profundos, á los pocos hombres superiores con los cuales se hallaba en relaciones directas ó mantenía correspondencia.

Sometía á Susana grandes proyectos humanitarios, asociando á la menor de sus ideas el espíritu práctico y generoso de la joven; atraía á una esfera inteligente que ella amaba; la conducía á las alturas del pensamiento y del corazón á fin de que olvidase hasta la sombra de las vulgaridades que la rodeaban, y ponía sin cesar ante una nueva vida, que debía armonizarse con su naturaleza y sus inclinaciones distinguidas. En fin, para expresar los sentimientos que de su corazón desbordaban, empleaba un lenguaje lleno de infinitas delicadezas, que conmovía á Susana, pero que después de haberla mantenido algún tiempo en sus ilusiones, hacía la llorar en el secreto de su soledad.

Porque á medida que los días pasaban, invadía una tristeza indefinible, que la estrechaba como una fina red, cuyas mallas, cuando las rompía, rehacíanse al punto.

Hubiera querido corresponder al amor ardiente de Preymont dándole todo su corazón; pero un extraño malestar pesaba sobre sus sentimientos, sin que pudiese definirlo. Cuando Marcos la hablaba como en otro tiempo, sin que ninguna palabra recordase sus nuevas relaciones, Susana estaba tranquila; pero cuando en un impulso de la pasión la colocaba frente al amante y al prometido, turbábase, y quedaba después sumida en una penosa obscuridad.

Esta turbación fué al pronto semejante á la fugaz sensación que el frío de una gota de agua produce; mas por su continua caída, esta gota trazaba y abría un surco; ahogaba la exaltación algo romancesca que inspirara á la joven su sacrificio; y alterando su pie-

dad por Preymont, corrompió al fin hasta ese afecto de la infancia que á juicio de Susana debía engrandecerse y desarrollarse.

Un hecho contribuía á que aumentase su turbación, y era que desde sus esponsales hacía involuntariamente comparaciones en su espíritu, mientras que el recuerdo de Saverne se mezclaba más á menudo en su vida íntima. Desechábale como un pensamiento aborrecido, estudiando con vago temor los movimientos que la conducían á corrientes contrarias; y poco á poco evitó en su correspondencia las alusiones á la felicidad, hablando solamente de las dulzuras austeras de un deber lealmente cumplido. Algunas veces manifestaba su asombro de que fuera tan difícil conocerse á sí mismo, y deploraba que los propósitos más rectos chocasen con tantas contradicciones.

En medio de su dicha, Preymont no veía nada; pero si en su reposo se embotaba su facultad de observar, en cambio la señora de Preymont sentía profunda inquietud. Adoraba demasiado á su hijo para que después de un primer momento de ceguera sus dudas no se despertasen ante la fisonomía pensativa, y á veces triste, de la señorita Jeuffroy.

«¡Marcos no es querido!, decía. Susana no tiene en su rostro la expresión feliz de la mujer que ama.»

Sin embargo, aunque reconociese que el terreno sonaba hueco, esforzabase para desechar sus inquietudes, cada vez mayores.

Preymont había escrito á Saverne para anunciarle su casamiento; pero la carta, enviada al extranjero, no debía llegar jamás á su destino. Saverne, después de escribir diciendo que permanecería algún tiempo en Edimburgo, á cuya ciudad se le envió la carta, había marchado repentinamente sin dejar las señas del punto adonde se dirigía.

— Deberías escribir otra vez á Saverne, dijo la señora de Preymont á su hijo, pues si hubiera recibido tu carta te habría contestado.

— Yo necesito ir á pasar algunos días á París, contestó Marcos; es posible que le encuentre; pero en el caso contrario, sus amigos podrán darme sin duda las señas exactas.

Preymont marchó después de haber fijado con el Sr. Jeuffroy el día del casamiento. A pesar de la extremada turbación con que Susana consideraba ahora el desenlace necesario, había debido ceder á las instancias de Marcos, aceptando una fecha próxima.

Al día siguiente de la marcha de su hijo, la señora de Preymont, ocupada en abrir su correspondencia, halló una carta de Saverne. Su primer impulso fué enviársela; mas como observase que tenía el sello de París, cambió de parecer y abrióla.

«Querido Marcos, decía Saverne, si no has conocido nunca el suplicio de estar encadenado, no podrás imaginarte lo que son para mí las delicias de la hora presente. ¡Estoy libre, querido, y tú ignoras seguramente cuánta alegría se encierra para mí en esta simple palabra! Desde el año último, mis sentimientos no han cambiado un instante; y debo suponer que tu prima no se ha casado aún, pues de lo contrario me lo habrías dicho ya. En su consecuencia, voy á llegar como un huracán para arrebatársela á su espantoso padre, por mucha resistencia que me oponga. ¿Qué habrá pensado de mi fuga y de mi silencio? Sin duda me ha juzgado mal, y el diablo me lleve si no he tenido cien veces la intención de escribirla... Por fortuna, me inspira confianza su simpatía, y si, como yo creo, me hubiera escuchado favorablemente, sabría muy bien disculparme y resucitar sus buenas impresiones. Espero que no habrá olvidado mi emoción de niño al despedirme de ella; en cuanto á mí, conozco bien que al verla otra vez seré capaz de cometer toda clase de necedades. Seguiré muy de cerca á estos garrapatos, buen amigo, y te abrazo de antemano. — Saverne.»

«¡No sabe nada, y llega!, pensó la señora de Preymont. ¡Qué seguro de sí parece estar! Ante todo es preciso que no vea á Susana antes de hablarme á mí; pero él es muy capaz de ir directamente á su casa.»

Aquella misma noche y al día siguiente, la madre de Marcos envió su coche para esperar á Saverne á la hora de los trenes; mas no era propio del carácter de aquél elegir la vía normal; y mientras que el ayuda de cámara de Preymont esperaba al viajero en la estación, Saverne llegaba pedestremente al castillo, muy resuelto á no demorar ni un segundo la visita á la señorita Jeuffroy. Sin embargo, también estaba decidido á contentarse con saludarla, y proceder de una manera muy correcta, rogando á la señora de Preymont que fuese á pedir su mano para él.



No es usted tan desgraciado, porque mi hija no es una advenediza

Susana estaba en el terrado; triste y perpleja, miraba vagamente la gran escalinata del castillo, pensando en aquellos que habrían franqueado hacia siglos los antiguos peldaños para ir á meditar en el sitio donde ella misma se entregaba á reflexiones penosas.

«¿Habrán sido tan inconsecuentes como yo?, preguntábase. ¿Habrán visto claro en su interior y en torno suyo? ¿Habrán sabido dirigirse sin error en las complicadas revueltas de sus sentimientos?»

Y compadecía á sus antepasados, lo mismo que á sí propia, lo cual era muy justo. Hubiera querido saber si alguna de las mujeres que en otro tiempo habitaron aquella antigua y pintoresca mansión, se había encontrado en un caso idéntico al suyo, siguiendo los mismos pensamientos en el lugar que ella ocupaba, deseando la dicha de un hombre desgraciado, loco de amor por ella, resuelta á sacrificarse, y tomando en esta idea el valor necesario para obrar á despique de dolorosas dudas.

El rumor de un paso firme, que resonaba en el suelo pedregoso del camino, interrumpió sus reflexiones. Al reconocer á Saverne, una emoción extraordinaria inspiróle la loca idea de huir para no volver á verle; levantóse precipitadamente y corrió hacia los setos, temerosa de no tener tiempo para llegar á la casa; pero de pronto se detuvo para reflexionar.

«¿Llegaré á ser yo completamente necia?, preguntó. Ese caballero es el Sr. Saverne, y nada más..., y quien debe recibirle es la prometida de Marcos Preymont.»

Sin embargo, Susana se refugió bajo los ojaranzos; pero había recobrado ya al parecer su tranquilidad, cuando Saverne, que desde el camino la había visto en los jardines, se acercó á ella.

— Ignoraba que se hallase usted aquí, dijo la joven, recibéndole con calma.

— ¡Llego sin aliento!, contestó Saverne, devorando á Susana con los ojos, y olvidando por completo su resolución de proceder correctamente.

— Es mucha bondad por parte de usted haber entrado aquí al pasar, contestó la señorita Jeuffroy, á quien la mirada de Saverne perturbaba hasta el fondo del alma. Venga usted á ver á mi padre.

— ¡Dios mío! ¿Para qué quiero yo verle?, contestó Saverne.

Y arrojando su sombrero lejos de sí, cogió la mano de Susana, y djóle con esa torpeza conmovida que para la mujer tiene una elocuencia más poderosa que las palabras muy expresivas:

— ¡Estoy tan contento, tan sumamente contento!.. Deseaba tanto..., pero no sé cómo expresarme. ¡Qué año tan atroz he pasado allí!.. ¡Y sin serme posible decir á usted que la amaba como un loco!..

Susana había tratado inútilmente de retirar su mano; mas al oír estas últimas palabras, desasióla con viveza.

— ¡Calle usted, exclamó; soy prometida!

— ¡Prometida!..

Esta palabra le aturdió hasta el punto de no comprender toda su significación.

— ¡Prometida!, repitió con aire estupefacto. ¿Pero de quién y cómo? ¡Prometida sin duda por el padre de usted á algún mísero zascandil que la hará desgraciada sepultándola en alguna abominable covacha!.. ¡Vamos, eso es imposible!..

Susana, con los ojos dilatados por una secreta angustia, contestó pausadamente:

— Nada le autoriza á usted para hablar así, caballero. Soy prometida de su amigo el Sr. de Preymont.

— ¡Ah, es Preymont!.. ¡Ah, diablo!..

El aturdimiento del primer instante se había desvanecido, y Saverne veía ante sí ahora una desgracia en que no pudo pensar.

Ligeramente inclinado el cuerpo y con las facciones alteradas por un verdadero pesar, contemplaba silencioso á la joven, á quien no había parecido nunca tan seductor; Susana vió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y que sus labios se estremecían como los de un niño que ahoga sus sollozos.

Volvió la cabeza, y para calmar su propia emoción, quiso pensar en la deslealtad de que Saverne le

había dado prueba; pero su cólera no se despertó.

— ¿No comprendió usted, pues, que yo la amaba?, dijo Saverne con voz temblorosa, sin pensar en la cándida fatuidad de su pregunta. Al marcharme, sin embargo, creí haber dado una prueba de lo que no me era posible decir aún abiertamente.

— Yo sé, contestó Susana con frialdad, que me hizo usted la corte deslealmente, y este es el único recuerdo que he conservado de nuestras relaciones.

— ¿Que lo sabe usted?.. ¿Cómo, acaso sabe?.. ¡Ah! La habrán hablado de cierta particularidad... Escuche usted, continuó Saverne con ese tono de franqueza que le granjeaba siempre las simpatías; no me juzgue aún, yo se lo ruego. Sin duda he cometido errores, porque no soy un santo, ¡oh, no!; pero permítame decirle, señorita, que usted conoce tan poco la vida y los hombres, que su juicio corre peligro de extraviarse, porque pasa siempre á través de su adorable naturaleza.

Para perdonar no necesitaba la señorita Jeuffroy que lo solicitasen con mucha instancia; mas en medio del extraño desconsuelo que de ella se apoderaba, el deber de conservar su dignidad y la de Preymont dominaba todos sus sentimientos.

Por eso contestó con altanería:

— Nada tengo que ver, caballero, con los actos de usted; ya me arrepiento de haber escuchado su declaración cuando las circunstancias le prohibían hablar; y ahora le ruego que tenga la bondad de retirarse.

— ¡Ah! ¡Por qué habré llegado demasiado tarde!, exclamó Saverne.

— ¡Demasiado tarde!, repitió Susana, temiendo que Saverne se fuese con una duda sobre sus sentimientos. La frase es por lo menos impertinente.

— ¡Impertinente, insolente, todo lo que usted quieral, replicó Saverne; pero yo sé muy bien que un hombre que no es cado, ni imbécil, ni maligno, podría agradar á usted. A no haber mediado esa maldita fatalidad que... ¿Y le ama usted?, preguntó Saverne con una sonrisa incrédula.

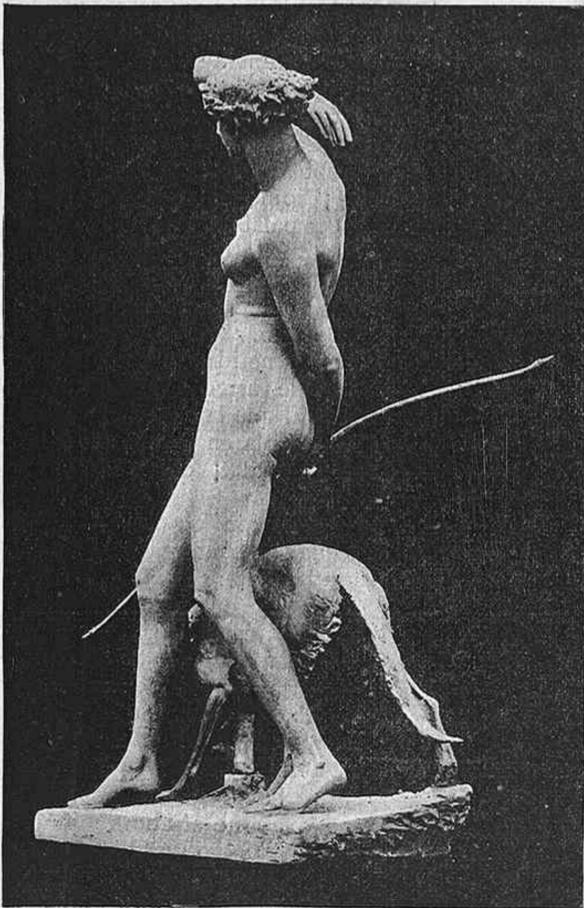
— La pregunta es ofensiva, caballero, contestó Susana con los ojos brillantes de cólera.

(Continuará)

## LA ESCULTURA MODERNA EN INGLATERRA

(1879-1894)

De todos los movimientos artísticos de nuestra época en Inglaterra, el más marcadamente definido y el más satisfactorio por su uniformidad es aquel



ARTEMISA DESNUDA, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

que se identifica con la reforma de nuestra escultura nacional. En la pintura, el único arte moderno realmente popular, la moda ha seguido á la moda, y la vigorosa individualidad de un hombre después de otra ha conseguido agrupar una escuela en derredor suyo; pero con la desaparición de cada fundador, se ha visto que su escuela declinaba, y que otro pintor, de miras diametralmente opuestas, ocupaba su lugar como maestro. De este modo ha continuado la anarquía de nuestra pintura, oscilando siempre sin ningún principio central en cuanto al gusto, desde Masson á Rosseti, desde Alma Tadema á Whistler; pero en la moderna escultura, y solamente en ella, hemos



GUERRERO LLEVANDO UN HERIDO, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

visto desarrollarse un arte con poderosa vitalidad, no alrededor de un solo hombre, sino en torno de una teoría de ejecución claramente percibida, á la cual se adhirió un grupo de hombres de diverso talento que sólo se asemejaban por su fidelidad al ideal común.

Nunca se ha tratado de escribir la historia de esa escuela de escultores, ni se ha dicho nada acerca de los movimientos que iniciaron con sus triunfos; pero algún día el progreso de esos artistas por la senda común que siguieron y la singular buena fortuna que los acompañó atraerán sin duda la atención del cronista.

Todo cuanto el escritor que se ocupe de este asunto se propone hacer es, ante todo, contestar del mejor modo posible á esta pregunta, formulada con frecuencia: «¿Qué es la nueva escultura?» y después presentar los resultados de los datos que ha ido reuniendo



CLITIA, escultura de G. F. Watts, R. A.

con prolija solicitud y año por año, desde los primeros albores del movimiento. Ha llegado el momento de poner fin al primer tomo de esta historia, y de revisar la serie de sucesos completada con la elección de los Sres. Frampton y Swan para individuos de la Academia Real, colocando todo el prestigio académico de su arte en Inglaterra en manos de la Nueva Escultura.

## I

Veinte años hace, la escultura había descendido en este país hasta el último grado de su decadencia, y hasta la idea de un estatuero inglés era ridícula; todos los periódicos menospreciaban á los escultores si hablaban de ellos, y hacia el año 1872 era frase común en la prensa: «Según costumbre, ningún interés ofrecen las salas de escultura;» mas para el observador inteligente, esto era una exageración. En los más oscuros tiempos hubo siempre en ese arte algo que llamara la atención ó que despertase el interés; pero no podía negarse que la escultura inglesa estaba muerta; había tenido alguna vitalidad, sin embargo, á principios del siglo, y todo cuanto sobrevivía era una vaga tradición de la edad Georgiana.

Si miramos de cerca en qué consistía antes nuestra escultura, vemos tres corrientes de influencia que parten del período de 1800, tres pobres arroyuelos que desaparecen muy pronto en la arena. La primera fué la tradición puramente convencional de Canova, de la escuela romana, que había luchado para conservar su dignidad y su brillo con Gibson, descendiendo después á Mac Dowell, y muerto éste, á manos todavía más débiles. Más interesante fué la segunda influencia, superior en cuanto á la parte intelectual, y que procedía de Chantrey y se transmitió á Behnes y Weekes, que desprendiéndose de algo del convencionalismo romano habían osado ser ligeramente naturalistas. Su escuela produjo artistas de nota y de indisputable talento como Foley, que murió en 1874,

y el venerable J. Bell, que aún vive: lo que sobre todo caracterizaba á todos ellos era su antagonismo especial con los nuevos escultores. Su única idea era obtener efecto por el estricto estudio de la forma; pero todo cuanto había en sus obras de gracia poética perdíase por el convencionalismo que predominaba en ese estilo rígido y apático que se observaba hasta en las obras de artistas de verdadero talento, como en el caso de Mr. Armstead.

En 1877 los escultores que pertenecían á la Real Academia eran Calder Marshall, Weekes y Woolner; los asociados ó adjuntos Armstead, Durham, Stephens y Woodington, y Boehm estaba llamado á ocupar el puesto de Durham. La Academia Real parecía una fortaleza inexpugnable, cerrada para toda innovación; pero las murallas de esta Jericó se han derrumbado tan completamente que el único sobreviviente de la antigua escuela, Rahab, ha tenido al fin que abrir las puertas de su simpatía á las nuevas ideas. Circunstancia notable es la de que Armstead, en quien la nueva escultura encontró en sus primeros días el único amigo influyente, es ahora el único testigo de su triunfo.

Se ha dado en atribuir al ejemplo de Alfredo Stevens el principio de la nueva escultura; pero sin dejar de reconocer en él un genio, no todos lo admitirán así; y en cuanto al carácter de sus obras, era contrario á lo que se debía producir cinco ó seis años después de su muerte. Discípulo de Thorwaldsen, y cautivado por las magníficas audacias de Miguel Angel, quiso reproducir con las obras modernas las heroicas cualidades de aquel maestro; pero sometía con persistencia la individualidad del modelo á cierto tipo de su imaginación. Stevens fué una especie de zapador de la nueva escuela, pero de ningún modo su fundador. Más bien podría serlo la *Clitia* de Mr. Watts, aquella golondrina de 1868 que no trajo consigo verano.

De donde ha partido verdaderamente la moderna escultura en Inglaterra es de la escuela francesa de



ARTEMISA VESTIDA, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

la última generación, pues ese arte data en realidad de 1833, cuando Francisco Rude exhibió en el Salón su *Joven pescador napolitano*. Esta fué la primera tentativa que se hizo en parte alguna para presentar bajo una forma individual y exacta el cuerpo humano, tal como existe ante nuestros ojos. La crítica atacó esta obra como vulgar é innoble, y los antiguos estatueros se estremecieron al ver infringidas todas sus reglas; pero al público le agradó que se renunciase á la inanimada apatía que hasta entonces se notaba en las obras de la escultura moderna, y Rude fué felicitado como innovador. Desde aquel momento, la escultura comenzó á progresar por el buen camino en Francia, y lo asombroso es que, á pesar de la comunicación entre ambos países, la influencia francesa no penetró en Inglaterra. Veinte años ha cuando la escultura italiana degeneró hasta una puerilidad y debilidad despreciables, y cuando

Dubois y Chapu producían obras de incomparable belleza, era cosa común oír á personas de reconocida autoridad hablar de ese arte francés como de una cosa absurda.

Más extraño era que el calor de Francia no derriese el hielo del convencionalismo inglés; tanto más, cuanto que la caída del segundo Imperio fué causa de que se trasladasen á Londres varios escultores franceses muy notables. Loison había expuesto ya algunas obras; y en 1871, Carpeaux hizo una admirable manifestación en la Real Academia: en 1873 apareció Carrier-Belleuse y en 1874 Dalou. De todos estos maestros franceses mereció especial favor en Londres Carpeaux, cuya influencia sobre la generación más joven debió ser sin duda considerable. La crítica oficial, sin embargo, no conocía á esos artistas franceses, y la escultura exótica más admirada en Burlington House en 1872 fué una terrible Phryne del más lascivo estilo napolitano.

En la Exposición de escultura de 1877 en la Real Academia, se vieron las acostumbradas obras insípidas, *Cupidos, Reinas de mayo, Niños dormidos, Venus bañándose*, y otras obras análogas; pero se hallaba allí un grupo de extraordinaria novedad: era un bronce de Sir Federico Leighton, que tenía por título *Atleta estrangulando una serpiente*, admirable composición tan familiar ahora, que no necesitamos describirla. Esa obra, presentada á los escultores por un pintor de profesión, como para mostrarles lo que su arte debía ser, fué la que comunicó el primer impulso á la nueva escultura en Inglaterra. Lo que Sir Leighton vió el año anterior en el Salón, donde parecía que se hubiesen dado cita los escultores franceses, muy desanimados hasta entonces, presentando obras tan notables como la *Caridad*, de Pablo Dubois, el *Lamartine*, de Falguiere, y el colosal *Alejandro Dumas*, de Chapu, debió inducirle seguramente á seguir sus huellas.

En 1875 se disputaron la medalla de oro dos jóvenes principiantes, de quienes no se había oído hablar hasta entonces; debían presentar en competencia un



LA TRAGEDIA, escultura de T. Nelson Mac Lean

grupo titulado *Guerrero llevando un herido*; y tan semejantes eran sus modelos, tan superiores á los de otros jóvenes artistas, que el Jurado vaciló mucho sobre quién debía obtener el premio. Al fin se otorgó á Hamo Thornycroft, y su competidor, Alfredo

Gilbert, se retiró disgustado. Esos dos hombres fueron los que iniciaron la nueva escultura, que más tarde debía alcanzar tanta fama. Aquellos dos jóvenes se podían considerar como los abanderados de las dos grandes alas del ejército conquistador.

A pesar del ejemplo dado por el admirable arte francés en París y en Londres, no se observó por lo pronto ningún marcado progreso; pero algunos otros futuros jefes de la nueva escuela fueron expositores en dicho año. Otros artistas se dieron á conocer ventajosamente desde entonces; pero ninguno de ellos tenía al parecer clara idea de lo que se proponía hacer. Mr. Hamo Thornycroft fué quien primero dió un paso hacia lo grandioso en su obra *La Mujer de Lot*, expuesta en la Real Academia. De cerca siguieron sus huellas en la aurora de la nueva escuela artistas como Ball, Walter Ingram y T. Mac Lean; en este último concurría la circunstancia de haber sido desde un principio el único escultor inglés que estudió todas las escuelas francesas, logrando adquirir una gran experiencia práctica. En 1875, es decir, en la época peor de nuestra escultura, Mac Lean, á la sazón joven de treinta años, presentó una colección de modelos, todos los cuales fueron muy admirados. En especial su *Jone* adquirió tanta fama que se hicieron de ella muchas reproducciones.

En 1879 no hubo gran manifestación por parte de la nueva escuela; mas los adeptos de la antigua se agruparon con admiración alrededor del *Dionisio* de Mr. Jorge Simonds, que ocupó el puesto de honor y en la que se repudiaban las cualidades del arte francés y reproducíanse las tradiciones de Canova, por lo cual mereció el aplauso de la antigua generación.

Hemos conducido á nuestros lectores hasta el pórtico de la Nueva Escultura: en otro artículo le invitaremos á entrar en el vestíbulo.

EDMUNDO GOSSE.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

## QUINA ANTI-ROCHER

FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr.—Deposito **ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARÍS**, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**. En Barcelona: Vicente Ferrer

## JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARÍS, y en todas las Farmacias. El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

## REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos. Alivia y cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION, ASMA** y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRÉ y Cia, 700, 102, R. Richelieu, París.

**JARABE de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**  
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de París  
LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

**APIOL** de los D<sup>tes</sup> JORET & HOMOLLE  
El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D<sup>tes</sup> JORET & HOMOLLE.  
MEDALLAS Exp<sup>tes</sup> Univ<sup>tes</sup> LONDRES 1862 - PARIS 1889  
Farma BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA** son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas y Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **Intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S<sup>res</sup> **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**  
Estreñimiento, Jaqueca, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS  
El mejor y mas célebre polvo de tocador



La vendimia en la granja Oriol, Concordia (Entre Ríos), cuadro de Juan Rabadá

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **BIN BARRAL**  
 disipan casi **INSTANTANEAMENTE** los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.**

**FUMOZUE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
**EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA **DE LABARRE** DEL DR. **DE LABARRE**

**PUREZA DEL CUTIS**  
 en París  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
**PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA**  
**SARPULLIDOS, TEZ BARROSA**  
**ARRUGAS PRECOGES**  
**EFLORESCENCIAS**  
**ROJECES**  
 pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 84 St-Denis, 16

**GRAJEAS DEMAZIÈRE**  
**CÁSCARA SAGRADA** IODURO de HIERRO y CÁSCARA  
 Dosadas a 0gr. 125 de Polvo. 0gr. 10 de Ioduro, 0gr. 03 de Cáscara.  
 Verdadero específico del  
**ESTREÑIMIENTO** El mas **ACTIVO** de los **FERRUGINOSOS**  
 HABITUAL. No produce estreñimiento.  
**PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers.** - Muestras grátis á los Médicos.  
 Depósito en todas las principales Farmacias.

**Enfermedades de la Vegiga**  
**PÍLDORAS Benzoicas ROCHER**  
 Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia, Retención, Cólicos nefríticos, curados por las  
**PI. 5 francos. ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, París.**  
 Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.  
 En Barcelona: Vicente Ferrer

**Jarabe Laroze**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Especieiones : **J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.**  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
**PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856**  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de  
**PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
**PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine**  
 y en las principales farmacias.

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
**Depósito en todas las Farmacias**  
**PARIS, 31, Rue de Seine.**

**DUGOUR** constructor, 81, Faub. St. Denis, París, vende al por menor á igual precio que al por mayor. Velocipedos de camino, 145 fr. Soberbios neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar : la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida : el **Vigor, la Coloracion y la Energía vital.**  
 Por mayor, en París, en casa de **J. FERRE, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.**  
**SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS**  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**  
 Solucion **BLANCARD**  
**Comprimidos de Exalgina**  
 Con Ioduro de Hierro Inalterable.  
**ANEMIA**  
**COLORES PALIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS, etc., etc.**  
**JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS**  
**DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.**  
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento **CONTRA EL DOLOR.**  
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor : París, 40, r. Bonaparte.